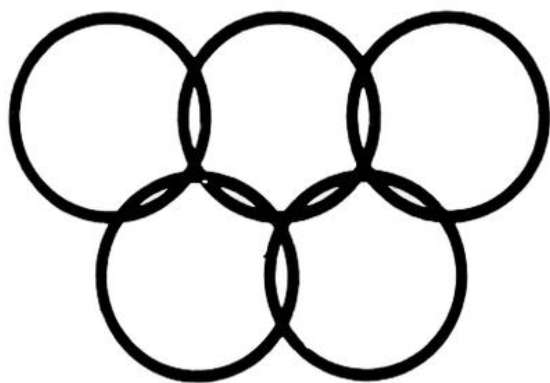
BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

LUCHA HASTA EL FIN





COLECCION
DOBLE
JUEGO



LUCKY MARTY

LUCHA HASTA EL FIN

Colección
DOBLE JUEGO n.º 56
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

51 — *Indulto en la plaza.* Alex Simmons
52 — *La pareja más completa,* Lou Carrigan
53 — *La mordedura de la serpiente,* Lem Ryan
54 — *Te haré besar la lona,* Alex Simmons
55 — *El as italiano.* Joseph Berna

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 5.018-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: abril. 1983
1.ª edición en América: octubre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréts del Vallés N 152. Km 21.6501 Barcelona - 1983

El progreso es la realización de las utopías.
Wilde

CAPÍTULO PRIMERO

Amanecía sobre la pista del viejo autódromo de Albury, situado a unas millas equidistantes entre Sydney y Canberra, la capital de Australia. Los primeros rayos del sol empezaban a iluminar a la máquina y al piloto que devoraban las millas del circuito desde hacía más de treinta y seis horas, en un continuo esfuerzo y resistencia tanto del material como de la capacidad física humana.

Roy MacKensy sentía los músculos tensos y las manos casi insensibles, como entumecidas bajo los guantes con los dedos en todo momento aferrados al manillar de la poderosa moto que conducía, sin dejar de ganar una vuelta tras otra en aquel día y medio que llevaba pilotándola, salvo los instantes en que había parado en los «boxes» para repostar combustible, ya que comer y beber lo había realizado sobre la misma moto.

Esta prueba de capacidad de resistencia, tanto del hombre como de la máquina, no se realizaba con el circuito atestado de gente, capaz de apreciar y aplaudir el agotador esfuerzo. En aquel amanecer australiano, el viejo y ya desechado autódromo de Albury estaba prácticamente desierto, exceptuando tres personas que, en aquellas treinta y seis horas rebasadas, se habían ido turnando para controlar desde los destartalados «boxes» la incesante marcha del motorista.

Promedio de velocidad, duración de la marcha y otros muchos datos estaban siendo cuidadosamente anotados en los tableros de registro, para llegar a comprobar si aquella era la prueba definitiva para la Swam Rat —Rata de Pantano— de 550 c.c, movida por un combustible exótico mezcla de alcohol puro y nitrógeno, capaz de acelerarla a 301 km/h, en tan solo 8,23 segundos.

Tenaz, insensible a la fatiga o el desaliento, Roy MacKensy aceleraba lo más posible cuando pasaba como un meteoro por la prolongada recta de las vacías tribunas, con todas viejas butacas y banquillos de madera destartalados y muchos ya derrumbados, roídos por el tiempo y la carcoma.

En realidad, no le importaba que tan solo sus tres únicos amigos estuvieran presenciando su proeza. Tiempo atrás, muy lejos de aquel país que le había acogido sin preguntarle quién era ni de dónde venía, había sido un esclavo de la fama, los aplausos y el dinero; pero todo aquello había quedado muy atrás, como olvidado en el pasado del que Roy MacKensy jamás hablaba.

¿Para qué?

En Australia había iniciado una nueva vida y ahora, si aquella prueba

salía bien tras varios años de tesón y esfuerzos, un porvenir más venturoso y risueño que el que había dejado atrás, se extendía ante él y sus fieles amigos.

Autodisciplinándose, el piloto que conducía la veloz y resistente Swam Rat se dijo que en aquellos instantes no debía pensar en los dorados sueños que les impulsaban. Debía concentrarse al máximo en lo que estaba haciendo: conducir una moto a más de trescientos kilómetros por hora requería todos los reflejos del piloto y el más mínimo fallo, la más insignificante distracción, podía significar la derrota.

Incluso la tragedia.

Sobre todo teniendo en cuenta que estaba corriendo sobre el viejo y resquebrajado asfalto del circuito de Albury, donde abundaban los baches, las grietas y en no pocos tramos se veía la tierra pelada, puesto que el antiguo autódromo oficialmente hacía más de veinte años que había dejado de prestar servicio.

Se lo había dicho mil veces el viejo Acey Finlay, su arruinado propietario:

«Desde el año cincuenta aquí no se ha celebrado una sola prueba. Ni de Fórmula Uno, ni de motos...»

Por desgracia para Acey Finlay y su hija Heide, aquello era bien cierto. La construcción de un moderno circuito en Sydney, y posteriormente el que había levantado una poderosa S.A. en la misma capital, habían sido la causa de que toda la afición de los australianos por las pruebas de motor convergieran hacia Sydney y Canberra.

El viejo circuito de Albury había quedado completamente relegado.

Olvidado.

Abandonado.

Nadie recordó que, inicialmente en el siglo pasado, había sido el principal autódromo de toda Australia. En aquellas instalaciones un tanto al estilo Victoriano, estratégicamente situado entre poblaciones tan importantes como Sydney y Camberra, se habían llegado a apostar sumas fabulosas por tal o cual caballo de pura sangre que, en muchas ocasiones, llegaban por el mar desde los puntos más alejados del entonces poderoso y flamante Imperio Británico.

Con el tiempo, las carreras de caballos empezaron a celebrarse en el nuevo hipódromo de Sydney. Los entonces propietarios del de Albury no quisieron rendirse a los tiempos modernos y, aprovechando la nueva era del motor, lo convirtieron en circuito automovilístico. La gloria, el esplendor y el dinero tornaron a confluir hacia Albury; pero el tiempo y la misma vida es una corriente impetuosa de acontecimientos incontenibles y los modernos circuitos de Sydney y Canberra le habían dado definitivamente la puntilla al de Albury.

Bajo la acción del sol, la lluvia y el viento —unidos a la inexorabilidad del tiempo— todas las solitarias instalaciones del circuito de Albury se derruían, se resquebrajaban, empezaban a venirse abajo ante la sentencia del total abandono. Tan solo servían de precaria vivienda para su último y arruinado propietario, y su joven hija Heide.

El hecho de que el viejo Acey Finlay se empeñase en seguir allí, aferrándose a aquellos terrenos llenos de hierbajos, se debía a que también se trataba de otro sempiterno soñador. Él había regentado el circuito de Albury y había obtenido muy buenas ganancias; fueron años esplendorosos en los que viajó muchas veces a Londres, a París y a Washington, para contratar a los mejores pilotos. Cuando la Fórmula Uno llegó a Albury, en su cuidado circuito se alcanzaron muchos récords de velocidad.

Y lo mismo ocurrió con las pruebas motorísticas, cuyo enclave ahora estaba en Canberra, Sydney o el mismo Melbourne.

Sí, desde hacía muchos años por el descuidado asfalto de Albury tan solo corrían, en los días de sol, los perezosos lagartos australianos.

Aunque ahora, infatigablemente, jinete en la Swam Rat que él mismo había diseñado y construido, aquel loco de Ray MacKensy continuaba dando vueltas y más vueltas por el viejo circuito...

* * *

Cuando una vez más su joven amigo pasó como una exhalación ante ellos acelerando al máximo por la recta de tribunas, tras examinar el cronómetro, Sean Cooper anunció:

—¡Lo está consiguiendo! En esta vuelta ha sobrepasado los 302 km/h.

Sean Cooper, también norteamericano como su amigo Ray MacKensy, a sus cuarenta cumplidos seguía siendo un entusiasta de la velocidad. Mecánico de profesión, llevaba muchos años unido como uña y carne con el joven motorista que, un lejano día, lo había dejado todo y decidió trasladarse a la lejana Australia. Hasta allí le habían seguido y ahora seguían unidos esforzándose los dos en un nuevo empeño.

La canosa cabeza del australiano Acey Finlay se movió al musitar, visiblemente preocupado:

—Roy no debería acelerar tanto.

La rubia Heide nada comentó, pero siguió atentamente con los prismáticos las vertiginosas evoluciones del audaz motorista, quien constantemente tenía que ir esquivando los muchos baches e irregularidades de la gastada pista del viejo circuito. En aquellos instantes le vio iniciar la cerrada curva del fondo, para nada más salir de ella volver a acelerar y ascender por el peralte del autódromo, volviendo a lanzarse con vértigo por la larga recta contraria del fondo.

De seguir así, en menos de medio minuto volverían a verle pasar como

un meteoro ante ellos.

—¿Cuántas vueltas van, Heide? —volvió a interesarse el entusiasta mecánico Sean Cooper.

La respuesta de la rubia muchacha resultó lacónica:

—Muchas.

—¿Pero cuántas, mujer?

—Demasiadas para como está la pista. Roy no debería...

—¡Ya lo he dicho yo! —la atajó su padre—. Con el suelo así debería limitarse a probar la eficacia de su carburante y la resistencia mecánica de la moto. ¡No la velocidad!

—¡Tonterías! Yo conozco a Roy.

—Precisamente por conocerle —insistió Acey Finlay—. Nuestra pista no está para alcanzar esa velocidad. El menor descuido y...

—Roy se crece ante las dificultades.

—Sí, pero, ¿y si no logra evitar uno de esos baches?

—Hasta ahora lo está haciendo, ¿no? Y si no calculo mal, en la última vuelta les digo que ha superado los récords actuales.

Sean Cooper tuvo que dejar de hablar, para volver a hacer otro cálculo mental mirando las agujas del cronómetro. La Swam Rat y su piloto acababan de volver a pasar como una flecha ante ellos.

—¡Lo ha vuelto a hacer! —celebró entusiasmado Sean Cooper—. ¡Ha superado los 302 km/h.!

Sensiblemente preocupado, Acey Finlay decidió, empezando a retirarse del borde de la pista:

—Toca la campana, Heide. ¡Por hoy hay bastante!

—Sí, padre.

—¡Eh! Un momento —intentó intervenir el veterano mecánico—. A Ray no le va a gustar, señor Finlay.

—Ni a mí me gusta la locura que está haciendo.

—Pero él dijo...

—Y yo digo que lleva demasiadas horas sobre esa endiablada máquina. Puede fallarle algún reflejo y...

—Roy tiene los nervios de acero, señor Finlay.

—Pero es humano, ¿no?

—A veces creo que no, padre —musitó la muchacha.

Fue a agitar la campana para avisar al motorista que ya no seguirían allí cronometrando su carrera, cuando de pronto el punto al que seguían con miradas ansiosas bruscamente empezó a elevarse y, como si volase, se salió del circuito allá, a lo lejos, en la otra recta.

Máquina y hombre dieron más de tres vueltas de campana en el aire, como impulsados por una poderosa catapulta. A la segunda, el piloto se despegó de su asiento de la moto y, como un muñeco de trapo, siguió la

trayectoria y empezó a descender hasta perderlo de vista por los altos hierbajos que rodeaban la gastada y descuidada pista del circuito de Albury.

La moto aún siguió unos metros más, hasta que al final también empezó a descender y desapareció.

Heide Finlay sintió una lanzada en el corazón y exclamó angustiada:

—¡Dios mío! ¡Roy se ha matado!

CAPÍTULO II

Hombre resolutivo y práctico como siempre, el mecánico Sean Cooper fue el primero en reaccionar y se lanzó a la carrera hacia el vehículo cercano, un *jeep* Land Rover todo terreno que siempre preparaban para alguna emergencia como aquella.

Pero no arrancó hasta que padre e hija estuvieron en la parte trasera, acelerando al máximo cuando ya estaban en la pista. Y hasta encontró ánimos para decir:

—Tranquila, Heide. Roy tiene siete vidas como los gatos.

—Déjese de bobadas, Sean. Ha debido sufrir un choque terrible.

—Cierto, señor Finlay: pero le digo que Roy sabe caer como los gatos.

—¿Se habrá fracturado el cuello?

—No lo sé, hija. ¡Pronto llegaremos allí!

Cuando el Land-Rover se acercó al lugar del accidente, con mirada experta Sean Cooper hizo notar:

—Fíjense: ha debido reventar uno de los neumáticos.

Por fortuna, antes de que el *jeep* empezase a frenar y ninguno de los tres saltase del vehículo, vieron con alivio a Roy MacKensy que ya se acercaba a ellos, aunque visiblemente cojeando de su pierna izquierda. Se había quitado los guantes y el casco protector, y todo su comentario fue:

—¡Mala suerte, amigos! Reventó el neumático trasero.

Inicialmente, incluso con alocada impetuosidad, la muchacha saltó del vehículo y corrió hacia el motorista. Pero algo le hizo cambiar de idea, frenó su carrera y de pronto se dejó caer sobre el terreno para ponerse a llorar.

Como una niña: desconsoladamente.

Algo perplejo, Roy MacKensy miró a los dos hombres y al fin siguió cojeando hacia la muchacha. Hasta que escuchó la voz de Acey Finlay que también le dejó clavado sobre los hierbajos al oírle advertir:

—Déjala, Roy. No te acerques ahora a ella, muchacho.

—Pero yo... Yo estoy bien, señor Finlay. Ya... ya les he dicho que...

—¡No te acerques a Heide y déjala tranquila ahora! —volvió a insistir más autoritario el padre de la muchacha.

Sean Cooper ya estaba ante su joven amigo, interesándose al palparle todo el cuerpo:

—¿De veras estás bien, Roy? ¿No te has roto nada, muchacho?

—Deja de sobarme, Sean. ¿No ves que hasta puedo andar?

—Sí, pero ya sabes que estos trompazos después...

—Te digo que estoy bien: solo me duele el tobillo.

—Siéntate, Roy; lo examinaré y...

—Antes vamos a echar una mirada a la moto.

—Tú siéntate en el coche. Lo haremos el señor Finlay y yo.

Roy MacKensy no hizo caso a su amigo y les siguió, no tardando en comprobar por él mismo que la Swam Rat iba a necesitar muchas reparaciones. Lo de menos era el neumático trasero reventado, que había explotado como si se tratase de una bomba. La dirección estaba torcida y todo el manillar roto en su parte derecha, al «aterrizar» la máquina contra el duro terreno de hierbajos por aquella parte. Afortunadamente el depósito del carburante no había reventado, pero sí todo el bloque del motor se mostraba desajustado, por el suelo alguno de sus pistones y anunciándoles que, solo con muchas horas de afanoso trabajo, podría nuevamente entrar en funcionamiento.

—¡Lástima, Roy! Aquí hay trabajo para más de dos semanas.

Al oírle, tras buscar los ojos grises del joven motorista y su mecánico, el viejo Acey Finlay les anunció, con tono desconocido en él:

—Lo siento, pero si queréis volver a reparar este trasto, no será en mi taller.

Le tocó el turno al perplejo Roy MacKensy buscar la mirada de su mecánico, para al instante centrarla los dos en las pupilas del propietario de aquellos terrenos. Y fue el primero quien reaccionó al indicar:

—¿Qué le pasa, señor Finlay? ¿Ya se rinde?

—Así es. Roy. No quiero colaborar más con esta locura.

—¿Locura? —casi repitió como un eco el joven motorista.

—¡Lo es! Tengo la suficiente experiencia sobre todo esto como para saber que hay ciertos límites que el hombre nunca podrá alcanzar...

—Pero usted mismo ha comprobado que he superado los 302 kilómetros por hora. Nada ha fallado en el motor ni en el mecanismo: solo ese maldito neumático que ha reventado porque...

—No se hable más, Roy. ¡Lo he decidido!

—¿Por este simple accidente, señor Finlay?

—¿Simple? —se encontró repitiendo a su vez Acey Finlay—. ¡Has podido matarte! Fue un golpe como para quedar aplastado ahí, roto en mil pedazos, Roy.

—Ya ve que no fue así.

—Ni lo veré más. ¡Te digo que se acabó!

El australiano les dio las espaldas, empezó a caminar para regresar junto al vehículo, y mientras se alejaba rezongó:

—Ya no se trata de mí, sino de Heide. ¡Y es mi hija!

—¡Eh, espere, señor Finlay! Tenemos que trasladar la moto al taller.

Medió revolviéndose, el hombre rechazó tajante—: ¡Ni hablar! Esa

maldita Rata de Pantano no volverá allí. Ni vosotros tampoco, Roy. Encontraréis todas vuestras cosas en la puerta.

Desde lejos, incapaz de objetar más, los dos amigos norteamericanos vieron cómo padre e hija se alejaban en el vehículo.

Roy MacKensy terminó sentándose junto a la moto averiada y, con gestos dolorosos, pidió:

—¿Quiere mirarme ese tobillo, Sean?

—Tendré que rajarte la bota.

—Hazlo, maldita sea. ¡Me duele mucho!

Un instante después el experto Sean Cooper anunciaba:

—Dislocación; pero, por fortuna, nada roto, Roy.

—Bonita «fortuna» la nuestra. ¡No tenemos ni dónde ir!

—No te preocupes: hablaremos con el señor Finlay.

—¿Pero es que no le oíste?

—Otras veces se ha enfadado y hemos seguido aquí, en su casa.

—Esta vez me parece que habló muy en serio.

—Es que... está preocupado por su hija...

—¿Qué pasa con Heide?

Mirándole seriamente a los ojos, el veterano mecánico pareció rechazar:

—Eso es lo que digo yo, Roy. ¿Qué es lo que pasa contigo?

—¿A qué te refieres, Sean?

—¿Pero es que estás ciego? ¿No te das cuenta de que Heide se ha enamorado de ti?

—No me hagas reír, viejo. ¡Pero si es una niña!

—Sí, sí. Una «niña» con diecisiete años, pero ya con sueños de mujer, y que ha tenido la desgracia de poner sus ojos en un tipo como tú.

—Sin insultar, Sean.

—No te insulto. ¡Es la verdad!

—¿A qué viene todo ese berrinche ahora, viejo?

—A que podrías ser más amable con ella, ¿no? Más... más cariñoso, más atento y no tratarla como si fuera un chico.

—No digas bobadas, viejo.

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo te mira y por qué te sigue a todas partes, como si fuese un dócil perrito faldero?

—A Heide le gusta la mecánica, las motos, las carreras. ¡Todo eso!

—Lo finge, porque te gusta a ti. Pero he visto cómo sufre cada vez que te montas en ese trasto, para hacer algunas pruebas.

—No la llames «trasto». Es tan invento tuyo como mío.

—No, Roy. No quieras engañarte también. Esa maldita Swam Rat es toda tuya, hasta el más mínimo tornillo o tuerca.

—Llevas mucho tiempo a mí lado, Sean, para decir eso.

—Porque soy otro idiota que te aprecia, Roy.

—¿Te arrepientes de haberme seguido hasta aquí, a Australia?

—No he dicho eso.

—¿Entonces?

—Solo te pido que te muestres más atento y cariñoso con Heide. ¡Que te fijes mejor en ella!

—Pero si somos muy buenos amigos.

—A una mujer no le basta con eso. Para ellas, la amistad resulta insulsa, insuficiente existiendo el amor.

—No te pongas «filosófico», viejo.

—¡Es cierto! Toda amistad entre hombre y mujer no es más que una pasarela para llegar al amor, máxime si los dos son jóvenes, como vosotros.

—¿Ahora de casamentero a tu edad, Sean?

—¿Acaso sería una locura que tú y esa bonita chica...?

Sean Cooper no pudo terminar: su joven amigo se había vuelto a poner en pie, aunque al instante, con gesto de dolor reprimido, anunció:

—Me temo que no podré llegar hasta la casa.

—Te ayudaré. Apóyate en mí.

—Gracias, Sean: siempre tan gruñón, pero tan buen amigo.

—Soy un individuo con mucha paciencia.

—No te quejes, que nos hemos divertido mucho los dos.

—En otros tiempos, no ahora.

—Todo aquello olvidado. Y recuerda: vinimos aquí para iniciar una nueva vida.

—Pues otro golpazo como ese, y a ti te entierran.

—Solo falló el neumático. Buscaremos otros más resistentes.

—¿Dónde? Ya oíste al señor Finlay.

—Y a ti decir que volverías a convencerle.

—Todo puede arreglarse... ¡si le pides la mano de su hija!

Por un instante, entre serio y sonriente, Roy MacKensy se separó del hombro del amigo para buscarle los ojos, objetándole:

—No, gracias; sabes que me casé y me salió mal.

—No elegiste bien.

—¡No me digas! Pero si Daisy Donald era una preciosidad.

—Físicamente, sí. Ningún reparo. ¡Pero no es mujer para ti!

—¿Ah, sí? ¿Por qué no?

—Lo sabes bien. Demasiado rica, independiente, elegante, sofisticada... ¡y caprichosa!

—Tienes razón, viejo. ¡Siempre tienes razón!

—Pues hazme caso.

—Te diré... Casarme es una cosa muy seria.

—Con Heide Finlay, no; bastará que se lo pidas.

—¿Así, de repente?

—¿Y por qué no?

—No sé... Quizá porque tanto ella como su padre podrían pensar que lo hacía para que siguieran teniéndonos aquí.

—No les hace ningún favor recelando así de ellos, Roy. ¡Son buenas gentes!

—¿Quién lo niega? Pero lo podrían pensar.

—Aclaremos las cosas, chico. ¿Quieres o no quieres terminar tu proyecto?

—¡Quiero! Sabes muy bien, mejor que nadie, que poder lanzar al mercado mi Swam Rat, bien ajustada y terminada, es mi sueño. Lo que más deseo en este mundo.

—Pues aquí tienes la oportunidad.

—Pero jamás descendería hasta el punto de fingirle a una jovencita como Heide que la amo, para poder seguir en casa con su padre utilizando su taller, su circuito endemoniado lleno de baches y...

—Busca otro y ya verás lo que dura tu secreto. ¡Mil lobos hambrientos se lanzarían sobre nosotros! ¡Te robarían el invento!

—No cuando pueda patentar mi Swam Rat.

—Por ahora no puedes.

—Cierto —reconoció Roy MacKensy—. Antes hay que terminar bien esa moto. ¡Efectuar mil pruebas!

Ya estaban llegando cerca de los ruinosos edificios que habían compuesto todas las instalaciones del circuito de Albury, y Sean Cooper distinguió desde lejos:

—Mira, junto a la puerta han dejado todas nuestras cosas.

Aunque siguiéndose apoyando en el hombro de su amigo, Roy MacKensy frenó su renqueante andar, reconociendo a su vez:

—Pocas son. Sean.

—Con menos llegamos aquí, ¿no?

—Sí... Es cierto.

—Ahora, chico: un esfuerzo más y hablaremos con el señor Finlay. Y finge que te duele más ese tobillo.

—¿Crees que así nos escuchará?

—Estoy seguro. Ya sabes que tiene un corazón de oro.

Y los dos amigos siguieron acercándose.

CAPÍTULO III

El canoso Acey Finlay les vio acercarse desde la segunda planta del ruinoso edificio de madera y, sin volverse, agitó la mano con significativo gesto a su hija.

La voz de la muchacha rogó a sus espaldas:

—Padre, yo... ¿No crees que Roy va a necesitar ayuda para ese tobillo?

—Que busque un médico.

—La población de Albury queda muy lejos.

—Bien que han podido llegar hasta aquí.

—Vendrá muy cansado.

—¡Me importa un rábano!

—¿Por qué no le dejas, al menos, hasta que pueda andar bien?

Volviéndose hacia la jovencita, el australiano objetó:

—Tú a tu cuarto. ¡Y no salgas de allí!

—Como digas, padre.

—¡Así me gusta, Heide! No quiero que vuelvas a hacernos otra escena con tus lloriqueos.

—Es que... Creí... creí que se había matado, y sentí... sentí...

—Sé muy bien lo que sentiste, mocosa.

—No soy ninguna niña, padre.

—Aún lo eres. ¡Y largo ahora de aquí!

Cuando la puerta se abrió y el dueño de la casa vio a Roy MacKensy sujetándose sobre el hombro de Sean Cooper, su primera reprimenda fue:

—Bonita pinta de «triunfadores» tenéis los dos. Deberíais veros. Aunque tímidamente, el más joven pidió:

—¿Po... podemos pasar, señor Finlay?

—¿Para qué, Roy? Ya está todo dicho por mí parte.

—Roy se ha partido un tobillo, señor Finlay —intervino Sean Cooper —. En estas circunstancias consideré que no podía...

—No se le ha partido, Sean. Solo se le ha torcido.

—¡Pero me duele mucho! —se quejó el accidentado.

—Pasar. Pasar y sentaros. ¡Pero esta vez no me vais a convencer!

—Gracias, señor Finlay.

—Déjate de jabón, Roy; no es tu fuerte.

—No es «jabón», señor Finlay. Es verdadero agradecimiento.

—De eso ya me tenéis los dos hasta el cogote.

—No es justo que hable así, señor Finlay —volvió a intervenir Sean Cooper—. Cierto que nos acogieron en su casa, pero desde que estamos

aquí no hemos dejado de ayudarle.

—¿Ayudarme a qué, Sean? ¿A amontonar chatarra de los coches viejos e inservibles que la gente amontona por aquí, en estos terrenos?

—Siempre lo hemos hecho así, señor Finlay —apoyó Roy MacKensy.

—¿Y eso qué? ¿Creéis que da para que coman cuatro personas?

—Bueno. Hasta ahora hemos ido tirando, ¿no, señor Finlay?

—Déjate de tanto «señor Finlay», y por una vez, aunque sea por una sola vez, pon los pies en el suelo, Roy. ¡Así no podemos seguir!

—Pero usted nos prometió...

—¡Alto ahí, jovencito! Lo que os prometí ya está olvidado.

—¿Por qué, señor Finlay?

La pregunta resultaba tan directa, que Acey Finlay empezó a vacilar. Le dolía tener que abordar el juvenil enamoramiento de su hija y, por otra parte, era bien cierto que cuando aquellos dos norteamericanos se plantaron ante él y le contaron sus proyectos, les prometió que les ayudaría en todo lo que pudiera hasta el final. En aquellos días pensó que él y su joven hija vivían muy solos y apartados de la lejana población de Albury y que, por otra parte, de los tiempos gloriosos de aquel circuito aún seguían en pie —aunque algo ruinosos— los talleres y las herramientas que podrían necesitar.

Por aquellas fechas él se había negado siempre en vender aquellos terrenos a una urbanizadora, que pretendía con sus proyectos extender la vecina población de Albury hasta allí.

Para Acey Finlay, el antiguo y en tiempos glorioso autódromo de Albury siempre había sido sagrado y no era amigo de las poderosas compañías que, con sus modernos edificios como colmenas humanas, pretendían invadirlo todo.

Por aquellos días, el australiano les había dicho:

«El circuito de Albury siempre será terreno libre, no edificable».

Por su parte, en el intercambio de sueños y doradas realizaciones, los dos norteamericanos le habían prometido a Acey Finlay que, una vez finalizado su portentoso invento, cuando su poderosa Swam Rat pudiera ser patentada para ser lanzada al mercado internacional, en parte de aquellos terrenos se podrían levantar los talleres que producirían las revolucionarias motos en cadena.

Entonces todos ellos se harían ricos.

Los pedidos afluirían a ellos desde las partes más industriales del planeta. Ni el mismo Estados Unidos, ni Alemania, Rusia, China, ni ningún país, dejaría de adoptar un motor revolucionario en la industria, movido por un combustible exótico, mezcla de alcohol puro y nitrometano, en la actual crisis mundial del petróleo con mucho menos gasto que lo que hasta entonces conocido.

Pero es que, además, apoyaban sus sueños en la mayor velocidad.

Las poderosas máquinas que ellos lanzarían al mercado parecerían importadas de Marte. Conseguirían veloces vehículos que saldrían como una exhalación entre nubes de humo, capaces de recorrer largas distancias y no se detendrían hasta que se abriera un paracaídas detrás de ellos.

Y todo ello a mitad del coste actual.

¿Cuándo había conocido al hombre un adelanto así, tan revolucionario, eficaz y útil? ¿El sueño mayor no era una mayor velocidad, con el consumo de fácil obtención, muy al alcance de las técnicas modernas?

Simple alcohol puro y nitrometano. Así de fácil.

Por supuesto, fácil una vez depurada la técnica y la mezcla debida concebida en la inteligente cabeza de Roy MacKensy, siempre secundado por la eficaz ayuda y colaboración del mecánico Sean Cooper.

¿Quién podría ofrecerle más?

Aquello estaba apartado del «mundanal ruido», nadie aparecía por allí y podrían trabajar sin miedo a las miradas indiscretas. Nadie les molestaría y, además, pese al mal estado de la pista, a los baches y deterioros del asfalto, podrían realizar las pruebas en el viejo circuito.

La primera vez que Roy MacKensy se lanzó a correr con su Swam Rat, el viejo Acey Finlay le había dicho:

«Te matarás, muchacho».

El dueño del circuito había quedado vivamente impresionado cuando escuchó decir al joven norteamericano, encogiéndose de hombros y con tono estoico:

«Es un riesgo a correr, señor Finlay. Bien mirado, todos estamos en deuda con la muerte; si la pagamos hoy, nada deberemos mañana».

«Bien, Roy, como quieras».

Desde aquel día le habían visto correr por el deteriorado circuito cada vez que tenían que probar su Swam Rat. Cada vez lo hacía a más velocidad y dominando las dificultades del asfalto con mayor pericia. Cuando terminaba la prueba los cuatro se prometían que arreglarían la pista rellenando los muchos baches y grietas con tierra, apisonándola. Pero resultaba una tarea excesiva y sin buenos resultados. Las lluvias, el aire y hasta el mismo sol hacían que los baches volvieran a surgir. Lo que necesitaba toda la pista del viejo circuito de Albury era una reparación en regla, con alquitrán, muchos obreros y una buena apisonadora.

El mayor problema era el de siempre: el dinero.

Con el paso de los años, el circuito de Albury se había ido convirtiendo en una especie de «cementerio» de coches viejos. El Ayuntamiento de Albury había firmado un convenio con el viejo Acey Finlay: en parte de aquellos terrenos se podrían ir almacenando los coches viejos listos para el desguace y el antiguo promotor de carreras automovilísticas podría ir

convirtiéndolos en chatarra que podría vender. Esto se convertiría en una fuente de ingresos para los Finlay.

Aceptó; pero el siguiente problema fue hacerse con una poderosa grúa y una prensa capaz de dejar convertidos los vehículos inservibles en paquetes de chatarra, listos para ser vendidos. Solo así los aceptarían los posibles compradores que, paradójicamente, pasaban por allí con sus grandes transportes con remolque, para ser trasladados a la fundición.

Durante algún tiempo todo aquello funcionó. No dejaba muchos beneficios limpios, pero Acey Finlay y su hija pudieron seguir viviendo.

Con la llegada de aquellos dos norteamericanos —que solo Dios sabe de dónde venían— los trabajos se activaron: eran cuatro manos más, fuertes, activas e inteligentes, a las que no les asustaba el trabajo. A Roy MacKensy y a Sean Cooper se les daba muy bien eso de convertir en chatarra «empaquetada» a los viejos vehículos que, cada vez en mayor número, los empleados del Ayuntamiento de Albury arrojaban por allí.

Cuando Heide conseguía hacer un buen «negocio», felices y contentos, los cuatro lo celebraban. Aquéllos fueron los tiempos esperanzadores y risueños en los que Roy MacKensy explicaba:

«Mi invento, señor Finlay, en el fondo es sencillo. El alcohol puro es fácil de obtener hoy en día, químicamente hablando».

«Sí, pero, ¿cómo se te ocurrió mezclarlo con nitrometano?»

«Porque es un cuerpo resultante de la acción del nitrato de plata sobre el yoduro de metilo. Es líquido, incoloro y soluble en el alcohol y en el éter, y su fórmula química es CH,3 NO, 2. También se llama nitrocarbol.

Roy MacKensy se había extendido en sus explicaciones técnicas. Por supuesto que para que su fórmula impulsara con la suficiente potencia a un motor capaz de propulsar a un vehículo, él y Sean habían tenido que realizar modificaciones mecánicas en el motor de su Swam Rat. El carburador era diferente, así como algunas bujías y mecanismos transmisores de las explosiones en cadena que se producían con la mezcla del exótico combustible.

—¿Y qué velocidad máxima creéis que puede alcanzar? —le había preguntado el australiano.

—Ciertamente aún no lo sabemos. Pero, según realicemos los ajustes precisos, posiblemente los trescientos setenta, o quizá cuatrocientos y pico de kilómetros por hora, señor Finlay.

—¡Qué barbaridad! ¡Eso es una locura!

—Diga más bien que es una meta a conseguir, señor Finlay.

—Pura utopía, Roy.

Fue cuando Roy MacKensy soltó una de sus frases:

El progreso es la realización de las utopías, señor Finlay. ¡Lo dijo Oscar Wilde!

—Déjate ahora de citar a los poetas, Roy. A esas velocidades habrá muchos más accidentes en las carreteras.

—Piense un poco, señor Finlay: será el mismo proceso de cuando los vehículos de motor tan solo podían llegar a los cincuenta, y luego a los cien por hora.

—Sí, pero...

—Ahora las carreteras y las autopistas son doblemente seguras. Y con el tiempo lo serán mucho más. Sus trazados y ubicaciones es muy posible que se realicen a varios metros de altura, donde no estorben para nada al tráfico regular, el de los peatones.

—¡Siempre soñando, Roy!

—Vuelvo a decirle lo mismo: la realización de los sueños es lo que constituye el progreso, amigo mío.

En estas charlas, en tales cambios de impresiones, la joven Heide siempre se ponía de parte de los dos norteamericanos. Aprobaba los planes de Roy MacKensy a ciegas y, naturalmente, siempre terminaba convenciendo a su padre.

Acey Finlay veía a su hija risueña, siempre activa, feliz, dispuesta a todas las tareas y pasando horas y horas en el taller, junto a los dos norteamericanos, manchada de grasa, además de atender a los trabajos domésticos para que a ellos nada les faltase. Heide parecía un gracioso diablillo, infatigable, con sus dorados cabellos flotando al aire, muchas veces con tiznones que también manchaban su carita y el «mono» de mecánico que jamás se quitaba.

Una mañana que los tres trabajaban en el taller, a Roy MacKensy se le ocurrió llamar a la muchacha así:

—Eh, tú, chico: tráeme esa llave inglesa.

Desde aquel día, Roy siempre la llamaba así: «chico».

A Heide no parecía molestarle. Más bien sonreía y corría presurosa para cumplir con lo que le mandaban. Se había identificado tanto con los dos norteamericanos, que en las pocas horas libres corría y jugaba con ellos como si realmente fuese un muchacho.

Pero los meses siguieron pasando y el tiempo llegó a convertir al chico en una espléndida jovencita, ya con sus anhelos y sueños de mujer.

Heide se hizo más tímida, más seria y formal, más reconcentrada en ella misma. Ya procuraba no aceptar ciertas bromas de Roy y, aunque sin rehuirle, intentaba mantener entre los dos ciertas distancias.

Acey Finlay comprendió lo que le pasaba a su hija.

Sean Cooper también.

El único que parecía en las nubes era Roy MacKensy: precisamente el responsable directo de las transformaciones de la muchacha.

CAPÍTULO IV

—No debemos abandonar ahora, señor Finlay.

—¡He dicho que no, Roy! Ya estoy harto de todo esto.

—Estamos cerca de conseguirlo —intervino una vez más Sean Cooper.

El dueño de la casa miró al veterano mecánico y argumentó:

—Para vosotros es muy cómodo, Sean. ¡Pero soy yo quien está en realidad financiándolo todo!

—Roy y yo trabajamos, señor Finlay.

—Lo sé. ¡No hace falta que me lo recordéis más! Pero, ¿sabéis el tiempo que hace que la fundición no me paga la chatarra? Esa empresa ha entrado en crisis y legalmente, ante el juzgado de Albury, ha hecho suspensión de pagos.

Hizo una breve pausa y aún objetó:

—El señor Frasser me ha dicho que si le queremos seguir enviando chatarra, bien. Pero que si no puedo suministrársela, también. ¡No pueden hacer más por ahora!

—Lástima, la Sam Rat casi está a punto.

Acey Finlay casi fulminó con la mirada al joven Roy, recordándole:

—¿A punto? Hoy mismo casi la has vuelto a destrozar por completo y tú mismo has quedado inútil para unas semanas.

—Por mí no se preocupe, señor Finlay. El tobillo estará pronto bien.

—Pronto, pronto, ¡siempre dices lo mismo! ¿No sabes que me han hecho mil ofertas por todos estos terrenos? Ahora podría venderlos a muy buen precio y dar a mí hija la vida que merece. ¿Por qué tenemos que seguir pasando estrecheces Heide y yo?

—Pero usted quedó con nosotros que cuando triunfemos...

—¿Y cuándo será eso, Roy? ¿El día del juicio final? Esa condenada moto nunca será una realidad.

—Usted mismo ha visto que hoy ha resistido más de treinta y seis horas.

—Y también he visto el final.

—Por los neumáticos, señor Finlay.

—Y ahora a comprar otros nuevos y más resistentes, ¿no?

No consiguió respuesta y siguió:

—Y más piezas nuevas, y combustible, y tiempo... ¿Y de dónde saco el dinero?

—Si nos permite hablar con el señor Frasser, nosotros... yo...

—Buena idea, Roy. ¿Crees que os liquidará las facturas que no me ha

pagado a mí?

—Podemos probar —apuntó Sean Cooper.

—Ya estoy harto de pruebas, amigo.

—¿Nos permite ir a visitar al señor Frasser? —insistió Roy.

Cansado de discutir el viejo Acey Finlay se revolvió los canosos cabellos con una mano y con la otra alzada empezó a salir de la habitación al gritar:

—Haced lo que queráis. ¡Nunca debí admitiros aquí!

Y salió furioso.

Roy MacKensy y Sean Cooper se miraron y empezaron a sonreír.

Una vez más habían conseguido convencer a aquel buen hombre.

—Tuerce a la izquierda, «chico». Si el señor Frasser no estaba en su despacho, seguro que le encontraremos en el Casino.

Al volante del *jeep,* la muchacha rubia frenó el vehículo y con mirada furiosa rechazó:

—Si vuelves a llamarme «chico» no te hablaré en mi vida. ¡Mi nombre es Heide Finlay!

—Está bien, pequeña: sin sulfurarse.

—¡Ni tampoco me llames «pequeña»!

—Bien, señorita Finlay. ¿Quieres seguir?

—¡No!

—Entonces, déjame el volante.

—Ahí lo tienes.

—¡Eh! ¿Adónde vas?

—A la peluquería; aprovecharé este viaje a Albury.

—Pero si estás muy bien así, ¿verdad, Sean?

Sean Cooper nada opinó, escuchando que la despechada muchacha comentaba, ya descendiendo del vehículo:

—Y tú qué sabes. Roy; no tienes ojos más que para tu endiablada moto.

—¿Por qué estás irritada, Heide?

—No te importa.

—De acuerdo. ¿Dónde te recogemos?

—En el almacén de Hendry; tengo que hacer varias compras.

—Me parece muy bien: luego comeremos los tres en el hotel.

—Conmigo no cuentes.

—¿Ah, no? ¿Dónde piensas comer tú?

—¡Psch! Por ahí. Tampoco te importa.

—¿Pero has oído, Sean? Esta niña ya se siente independiente.

—¡No soy una niña! Y, además, puedo hacer lo que quiera sin tu vigilancia, gigantón.

—Perfecto; pero a las cinco en el cruce de la carretera.

No regresaremos sin ti, o tu padre nos pondría de patitas en la calle.

—Tranquilo, canguro. Ya telefonearé a mí padre. Sabe que tenemos muchos amigos aquí.

Roy MacKensy fue a objetar algo más, pero desde el asiento trasero el amigo le azuzó:

—¿Quieres arrancar de una vez? Y deja a Heide que haga lo que quiera. ¡Ya es mayorcita!

—¿Mayorcita? Yo sé lo que es. ¡Una niña mimada!

Pero la muchacha ya no les podía oír. Airosamente cruzaba la calle con su blusa blanca y su ajustado pantalón vaquero, haciéndole exclamar a Roy MacKensy:

—¿Pero no ves cómo menea las caderas? La muy presumida se siente una vampiresa.

—Se siente mujer, pelmazo.

—¿Tú también insultando?

—¡Arranca ya, leñe!

* * *

Envuelto en una densa nube de las bocanadas de su habano, el señor John Frasser estuvo durante una hora argumentando sus imposibilidades económicas, sin olvidar mencionar la crisis, la baja de la libra australiana y la numerosa plantilla de empleados que tenía en su fundición.

—Tendré que cerrar y despedirlos a todos —puntualizó. Buen jugador de póquer, tras clavar sus incisivas pupilas grises y aceradas en aquel rostro, Roy MacKensy se levantó como dando la entrevista por finalizada y a su vez aprobó: —Hágalo, señor Frasser. Porque por nuestra parte no suministraremos más chatarra.

Y al instante, al amigo:

—Vámonos, Sean.

Al observar aquella firmeza, el industrial fundidor pareció olvidar su doloroso habano sobre el cenicero, también se levantó del sillón y se interesó:

—¿También están ustedes mal, joven?

—Debe saberlo, señor Frasser. Hace meses que no nos paga ninguna factura.

—Bien, bien... Yo podría adelantarles algo y así...

—¿Adelantarnos dice? Pero, hombre de Dios. ¡Mire todas estas cuentas atrasadas!

—Bien... bien... No hace falta que levante la voz. Tengo... tengo muchos amigos en este casino y a nadie le interesa si yo... yo...

—Si quiere más chatarra, extienda un cheque, señor Frasser.

—¿Un... un cheque?

—Sí, al portador y por la mitad de la deuda.

—¡Oh! Pe... ¡pero eso es mucho!

—Entonces, buenos días.

—¡Eh, espere! Un momento, joven. No tenga prisa. Las cosas se pueden hablar, ¿no le parece?

—Llevamos más de una hora hablando, señor Frasser. Y nosotros no movemos la grúa, la prensa ni trabajamos gratis. ¿Lo ha entendido?

—Bien... bien... Pero yo había quedado con el señor Finlay que...

—Usted no ha hecho más que darle largas al ingenuo del señor Finlay. Así es que, si quiere que su negocio siga funcionando...

—Está bien, está bien, joven. Pero conste que lo hago para que mis pobres empleados no se queden sin trabajo, en la miseria.

—Ellos se lo agradecerán, señor Finlay.

—Y nosotros también —despegó los labios Sean Cooper.

Al salir los dos amigos del mejor edificio de la población de Albury, dándole un alegre papirotazo al cheque firmado.

Roy MacKensy anunció:

—¡Directos al banco!

—Y luego al almacén de Hendy a darle la noticia a Heide. —Ya lo sabrá. Iremos al Adelaida Hotel y a comer como reyes.

—Heide dijo que no aparecería por allí.

—¡Vendrá! Ya lo verás.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad, bribón?

—No es eso, hombre. Pero, ¿qué va a hacer ella por ahí, después de sus compras en el almacén de Hendy?

—Pues muchas cosas: pasear, visitar a sus amigos... ¿O crees que la chica solo tiene ojos para ti?

—Te digo que se presentará en el hotel y comerá con nosotros.

—Tú ganas, Roy. Pero a las cinco en el cruce de la carretera, para que regrese con nosotros.

—No te preocupes, viejo. Si se queda a pasar la noche en casa de algunos amigos, ya dijo que telefoneará a su padre. —El que se pondrá loco de contento será el señor Finlay. —Y yo lo estoy, Sean. ¡Otra vez con dinero fresco! —Podremos seguir con la Swam Rat.

—¡Por supuesto! Es lo que importa.

CAPÍTULO V

El Adelaida Hotel tenía pretensiones de ser de primera, pero en realidad no pasaba de ser una de esas fondas que tanto abundan en las poblaciones australianas de segunda o tercera categoría. De cualquier manera, era lo mejor que se podía encontrar en Albury y los obligados viajeros que tenían que pasar por allí siguiendo la costa occidental hasta llegar a Sydney o a la capital Canberra, se alojaban allí.

Con los fajos de billetes en los bolsillos, el feliz Roy MacKensy eligió una de las mejores mesas en el salón comedor, cuyas cristaleras permitían ver la calle principal de la ciudad.

Un camarero, cuya pinta anunciaba ser uno de los muchos emigrantes en el inmenso país, se acercó solícito para entregarles la carta. El joven se dispuso a elegir el menú y alzando la mano indicó:

—Para tres.

—De momento solo para dos —corrigió Sean MacKensy.

El camarero les miró dubitativamente y empezó a anotar en su bloc, calculando por los encargos que aquellos debían de ser clientes pudientes. Albury es una región ganadera próxima a las altiplanicies de Torrowangeé, donde muchos rancheros crían inmensos rebaños de borregos, cuya fina carne y lana es la mayor exportación australiana. Podría decirse que, aparte de los minerales, oro, plata y hasta uranio, es la columna vertebral de la economía.

Aunque aquellos dos clientes no parecían ganaderos.

Ni tan siquiera eran australianos, dado que el inglés que empleaban más bien sonaba a yanquis.

De pronto, como si Roy MacKensy hubiera visto deslizarse una culebra venenosa por el suelo encerado de madera, pareció encogerse sobre él mismo y, pretendiendo cubrirse el rostro con la carta que sostenía en sus manos, musitó al amigo, visiblemente alterado:

—No te muevas, Sean. ¡No vuelvas la cabeza! Ni tan siquiera pestañees, viejo.

Sean Cooper hizo, precisamente, lo que no le recomendaba el amigo. Llevado por la alarmada actitud de Roy volvió la cabeza hacia el fondo del salón-comedor, al tiempo de indagar:

—¿Qué pasa, Roy?

Lo comprendió al instante.

Los ojos del mecánico quedaron como clavados en la elegante silueta de una hermosa mujer que, en aquellos instantes, entraba en el salón-

comedor. Era como la quintaesencia primorosa de la madre naturaleza, hecha mujer y hecha belleza, armonía. En su cuerpo y en su rostro se fundían perfección y belleza en dosis tan inverosímilmente exactas, que lo imaginado se convertía en real, lo imposible y mítico en genuino, lo novelesco en natural. Una muñeca de fábula, desde luego.

Con una larga y abundante melena rubia, suave y bien cuidada caída, en parte, con estudiada negligencia sobre el rostro risueño, como prometedor; con sus ojos tan negros como la noche y tan brillantes como el más encendido de los soles; con su boca de labios sensuales en perfecto arco de Cupido; con su piel blanca, tersa y su barbilla breve, bien dibujada.

Aquella belleza vestía con despreocupación y elegancia, con excelentes ropas y al mismo tiempo con sencillez: un jersey de fibra azul, bajo el cual se hacía ostensible la falta de sujetador vista la insistencia con que los pezones se dibujaban, manifestando la sugestiva firmeza de sus pechos, nada escandalosos pero sí suficientes, pujantes y altivos, tentadores e insistentes. De cintura para abajo unos ajustados tejanos que recortaban la esbeltez y rotundidad de sus caderas sin caer en la exageración.

Sean Cooper también la reconoció al instante y nuevamente vuelto al amigo no pudo evitar exclamar:

—¡Es ella, Roy! ¡Tu mujer!

El intrigado camarero seguía observándoles y no pudo evitar oír que el más joven de sus clientes rechazaba con prontitud:

—¡Ya no es mi esposa, bruto! ¡Nos divorciamos!

—Lo sé, pero... ¿qué diablos hace aquí Daisy Donald?

—Ni idea... ¡No! No vuelvas otra vez la cabeza, animal.

—Es inevitable, chico. Nos tendrá que ver, nada más que se siente y eche un vistazo al comedor.

—No, si salimos pitando de aquí. ¡Y ahora mismo!

El camarero frunció el ceño, al ver que sus dos presuntos clientes empezaban a levantarse. Pero fue entonces cuando, desde el fondo del salón, una voz femenina melodiosa a la par que sorprendida en sus tonos, se puso a llamar:

—¡Oh! ¡Dios mío! Pero si es Dusty... ¡Dusty Howard en persona, y su fiel amigo Samuel Lester!

El mecánico lo había dicho: era imposible que no les viera.

El joven motorista tuvo que volverse, saludando a su vez a la singular y elegante mujer:

—Hola, Daisy. ¿Qué haces tú por aquí, tan lejos de casa?

Impetuosa, la mujer ya cruzaba el salón-comedor y al llegar ante la mesa de los dos amigos se sentó tan risueña y feliz, anunciándoles:

—Ya que la casualidad nos ha vuelto a reunir, comeremos juntos.

—Lo... Lo siento, Daisy, pe... pero yo... nosotros...

—¡Vamos, amor! No seas rencoroso y siéntate. ¡Y tú también, Samuel!

¡Qué remedio!

Se habían vuelto a encontrar en las antípodas de donde se habían conocido tiempo atrás, y no era cosa de reanudar las disputas y las discusiones que les habían separado.

Daisy Donald misma lo había dicho: no había por qué ser rencoroso.

El servicial camarero, nuevamente esperanzado, decidió intervenir:

—El señor tenía razón: van a ser tres a comer.

—Sí, tres —admitió el joven con desgana.

—¿Es que esperabais a alguien? —se interesó ella.

—Pues...

—No tiene importancia, Daisy —atajó el mecánico—. Nos encanta volver a verte.

—Y a mí, Samuel. No sabéis las veces que he pensado en vosotros.

La melosa mirada femenina se hizo más dulce e insinuante al clavar las pupilas azules en el hombre más joven, reconociendo:

—Sobre todo en ti. Dusty.

—¿Ah, sí?

—¡Claro, hombre! Sabes que siempre he estado muy enamorada de ti.

—No tanto, Daisy. Sin exagerar.

—¿Tomamos unos martinis? —propuso alegremente ella.

El silencio de los dos hombres le animó al camarero a anotar tres martinis. Y hasta algo más cuando la elegante dama añadió:

—Y para cenar, champaña. ¡Me encanta!

Pero no resultó una comida agradable, pese a los caros y exquisitos platos que la caprichosa Daisy Donald se cuidó de elegir. A veces tomaba las manos del joven sobre la mesa y, siempre con su aire posesivo, en una de esas ocasiones le anunció, brillándole los ojos:

—No sabes cómo me alegro, cariño. ¡Desde ahora cuento con vosotros!

Ciertamente serio, sin esforzarse en no parecer contrariado, el hombre que en realidad se llamaba Dusty Howard indagó:

—¿Para qué, Daisy?

—Mi tío volverá a contrataros. ¡Como en los viejos tiempos!

Al oírla, más seco aún, más directo, el joven motorista soltó su mano y pretendió aclarar:

—Lo siento, reina. Pero ni Samuel ni yo queremos nada con el canalla de tu tío.

—!Dusty¡

—Y nada de escenas, por favor. Sabes muy bien a lo que me refiero.

Pero ella no se rindió al insistir:

—¿Todavía recordando aquello, Dusty? ¿Sintiéndote responsable?

—¡No! —rechazó él con viveza—. Responsable, no, reina. ¡El culpable

fue tu tío!

—Fue un accidente.

—Provocado por él. ¡Por su maldito egoísmo!

—Hace mucho tiempo, cariño.

—¡Y no me llames «cariño»! Estamos divorciados.

—Cálmale tú, Samuel. No debe ponerse así.

—Lo siento, Daisy. Dusty ya es mayorcito para opinar él solo —objetó el mecánico.

—Resumiendo: que os habéis alegrado al verme.

—¿Quieres la verdad, Daisy?

—La quiero, Dusty.

—Pues ya la sabes: es en lo último que podía esperar. Jamás pensé que una mujer como tú pudiera venir aquí, a Australia.

—Hemos venido por la carrera.

—¿Hemos? —quiso concretar él.

—Sí; mi tío y yo.

—¿A qué carrera te refieres?

—¿Pero es que no estáis enterados?

El silencio de los dos le hizo añadir:

—¡Pero si va a ser la carrera de motos más importante del mundo! La más larga, la más dura. ¡Nada menos que la vuelta a Australia!

Tras intercambiar la mirada con el amigo, el joven motorista se interesó:

—¿Qué estás diciendo, Daisy?

—Lo que oíste, Dusty. Bueno, quizá aún la prensa nada ha dicho por ahora, porque quiere hacer las cosas bien. Pero es el mismo gobierno australiano quien la organiza. Pretende dotar a su policía y al ejército de las motos más rápidas y resistentes del mundo. Por eso han invitado a todos los fabricantes más importantes, tal como a las firmas japonesas Kawasaki, Honda y Zuzuki, además, naturalmente, a la Laverda, Morelli, B.M.W., Ducati, Yamaha y otras más. ¡A las norteamericanas también!

—¿Y tú cómo te has enterado, Daisy?

—¡Ya sabes! Mi tío siempre está al tanto de todo. Tiene muy buenos contactos, amigos influyentes... ¡El premio es colosal! La marca que gane será la que proveerá al gobierno de este país de todas las motos que necesite. ¡Un contrato fabuloso, Dusty! ¡Miles de millones!

Nuevamente, aunque los dos en silencio, los dos amigos volvieron a cruzar sus miradas. Su mutismo hizo creer a la bella mujer que sus noticias les habían impresionado y pretendió realzar más aún:

—Eso sin contar con el premio que darán a los vencedores.

—¿Estás segura de todo eso, Daisy?

—¡Por supuesto! ¿Qué crees que hace mi tío aquí? Estamos ultimando

los detalles. ¡Ya lo conoces! Es capaz de comprar toda una fábrica para conseguir un prototipo especial y hacerse con ese contrato.

Realmente impresionados, el silencio de los dos amigos continuaba y ella lo aprovechó para ponderar:

—Por supuesto que tendrá que ganar esta carrera. ¡Aunque va a ser una prueba muy dura!

—¿Conoces el trazado, al menos? —quiso puntualizar Dusty Howard.

—¡Por supuesto! Salida de Canberra y bordear toda la costa occidental cara al océano Pacífico, hasta ascender hasta la península de York, frente al estrecho de Torres. Desde allí se descenderá por todo el golfo de Carpentería, hasta llegar a la zona montañosa de Pelmerston. La ruta se extenderá penetrando en el desierto de Gibson, teniendo que cruzar también el desierto Victoria hasta la Australia Meridional y llegar a las costas de la Bahía Austral. Y desde allí, nuevamente bordeando la costa sur, pasando por Adelaida, Canguros, Portland, Bendigo, Ballarat, Melbourne y otra vez, con meta final, Canberra.

—¡Dios santo! —exclamó el mecánico—. Eso... ¡eso representa unos veinte mil kilómetros!

—Posiblemente más —aseguró ella.

—Ese recorrido solo lo podrán realizar motos trucadas —opinó Dusty Howard—. Con carburadores especiales y tubos de escape también acondicionados.

—Ahí está —aseveró ella—. Los fabricantes tendrán que esforzarse al máximo. No deben ser máquinas corrientes.

—¿Y las etapas? —volvió a interesarse Dusty.

—Estarán debidamente situadas y controladas. Cada marca dispondrá del equipo que crea necesario; con mecánicos, ayudantes, material, recambios, combustible. Solo hay una condición que el gobierno australiano se cuidará muy bien en verificar: la moto que salga en la meta de salida tendrá que ser la misma que termine el recorrido.

—Más que una carrera eso será todo un señor rally —opinó Samuel Lester.

—Pero los organizadores quieren que se llame «La Gran Carrera».

Ciertamente pensativo, Dusty Howard musitó:

—Organizar un equipo así debe costar una fortuna.

—Naturalmente, hombre —pareció reprochar la mujer—. Solo lo pueden hacer las grandes marcas.

—¡Los mismos de siempre!

—¿De qué te extrañas? El mundo es así, cariño. Para los poderosos, los fuertes y los triunfadores.

—Veo que sigues la misma, Daisy.

—Y tú también, Dusty.

Adivinando nuevas tiranteces y directas, Samuel Lester decidió pedir al camarero:

—La cuenta, por favor.

—¡Oh, no, Samuel! —alzó su cuidada mano la mujer—. ¡Ya lo cargarán a la nuestra: mi tío y yo nos hospedamos aquí.

Levantándose con presteza, Dusty Howard decidió al instante:

—Vamos, Samuel; no quiero ver la jeta de ese maldito tipo.

—No temas, cariño; te he dicho que mi tío está ultimando unos detalles sobre esa carrera. No volverá por aquí por lo menos hasta mañana.

La bella mujer hizo una estudiada pausa y, también levantándose, añadió:

—Así es que no te tropezarás con él por casualidad. —Cosa que me alegra, Daisy. No sé si podría resistir no aplastarle las narices.

—Qué rencoroso eres, Dusty. ¿Cuándo olvidarás todo aquello?

—¡Nunca! Hay cosas que jamás pueden borrarse de la mente.

—Dime una cosa, amor, ¿viniste tan lejos para intentar olvidar?

—Tú lo has dicho. Ni Samuel ni yo queremos nada con el pasado.

—¡Pero si te repito que solo fue un accidente, cariño! Todo el mundo lo consideró así.

—Tú sabes que no. ¡Y tu tío también!

—Nunca podrás demostrar lo contrario, querido Dusty.

—Ni entonces lo intenté. Cherman murió y, aunque no hubiese muerto, nada habríamos podido los dos contra tu tío. Siempre ha estado muy alto, y no hace mucho tú misma lo has dicho. Es rico, poderoso y cuenta con muchas influencias.

Observando que el camarero se había alejado discretamente, no deseando desaprovechar aquella oportunidad, el joven motorista añadió:

—Pero en sus últimos instantes Cherman me confesó la verdad.

—¿Qué verdad, Dusty?

—También la conoces, reina. Días antes de aquella carrera en Saratoga, tu tío intentó convencerme, y hasta sobornarme, para que no ganase. Me llegó a confesar que él y unos amigos habían apostado mucho dinero a favor de Quincey y yo no debía intentar ganar. Rechacé de plano sus proposiciones y...

—Sí; ya sé que discutisteis por eso.

—Entonces fue cuando se puso de acuerdo con Cherman. Le recomendó que si veía que yo intentaba ganar, me derribara al tomar una de las curvas. Llegué a recelar algo de Cherman porque, durante varias vueltas, no se despegaba de mi rueda; me seguía obstinadamente, aun siendo del mismo equipo.

Dusty Howard cerró los ojos, pasó una mano por la frente como deseando borrar los recuerdos, pero continuó:

—Fui perdiendo gas para retrasarme hasta él y gritarle que me dejara en paz, que nada quería saber con los sucios chanchullos de tu tío. Cherman me gritó que no fuese estúpido: que yo también saldría ganando con aquello. ¿Por qué no podía ganar Quincey la prueba?

—Siempre fuiste muy obstinado, Dusty.

—¡Al diablo con eso! Es cuestión de dignidad. ¡No me gustan las trampas, ni nunca me gustarán!

—Obstinado y soberbio. No podías permitir que al gran Dusty Howard le venciese nadie en una pista.

—¡De acuerdo! Llámale orgullo profesional si tú quieres Daisy. Quizá por eso le repetí a Cherman que me dejase en paz, o que le arrollaría si intentaba ponerse en mi camino.

—Y lo arrollaste, Dusty. ¡Pasaste sobre él!

—¡Él lo buscó! En la última recta, con Quincey detrás de nosotros, Cherman torció el manillar para intentar frenarme rozando su rueda delantera con la mía.

Dusty Howard jamás podría borrar de su mente lo que luego ocurrió. Muchas noches soñaba con aquellas trepidantes escenas. Creía verse en el circuito del autódromo de Saratoga, en Estados Unidos, marchando a más de ciento ochenta kilómetros por hora y pasando su moto por encima de la de Cherman, para iniciar un vuelo que en la recta final le precipitó sobre las tribunas atestadas de gente.

Aquello resultó espantoso.

Toda la prensa del país se cuidó de narrar, con pelos y señales y hasta con escalofriantes fotografías, el desgraciado «accidente» en el autódromo de Saratoga. Cuatro muertos y más de veinte heridos graves, de los cuales uno de ellos murió a los pocos días en el hospital.

Como el mismo Cherman, a quién fue él a ver, a su vez también teniendo que usar muletas y con dos costillas rotas, además de la suspensión temporal de su licencia, según dictase la Federación Nacional de Motociclismo.

Un feo asunto que le salpicó de lleno.

En los primeros días, lleno de indignación, pensó decir toda la verdad y denunciar a su propio promotor, tras la confesión del moribundo Cherman en su lecho de muerte. Pero cuando desde el hospital le comunicaron que había muerto, lo pensó mejor.

¿Qué podía hacer él, un simple corredor, contra el rico y poderoso tío de Daisy, su joven esposa? Ya no tenía ningún testigo de lo que podía declarar y la propia Daisy le dijo que ella siempre estaría al lado de su tío, quien, prudente y astutamente, por aquellas fechas había viajado hasta Alaska «para cazar zorros plateados».

El tío de Daisy había declarado a la prensa:

«Necesito descansar. Accidentes como el de Saratoga me conmueven mucho. No sería capaz de organizar otra carrera, por lo menos hasta dentro de quince días, señores».

Quince días, señor...

Por lo visto, es todo lo que necesitaba el rico Peter Gargill para tranquilizar su conciencia y volver a ganar millones organizando próximos certámenes.

Dusty Howard se sintió más afectado que todo eso, hasta el punto de que cuando le devolvieron la licencia decidió no correr más. Durante mucho tiempo le horrorizó la posibilidad de volver a caer en una tribuna atestada de gente, segando vidas con su máquina y dejando un reguero de hombres y mujeres mutilados.

Todo aquello también afectó a su matrimonio y terminó divorciándose de Daisy. Tardíamente llegó a comprender que aquello había sido un error. La caprichosa millonaria se había enamorado de él por estar en la cumbre de la fama y ser uno de los mejores. Pero aquella unión no podía durar, con o sin fatal «accidente» en Saratoga: Daisy había nacido para derrochar montones de dólares y él los tenía que ganar corriendo en la moto.

No pocas veces jugándose la vida.

No quiso convertirse en un muñeco en manos de aquella mujer y los disgustos tras lo del «accidente» sirvieron como detonante para la separación.

Y ahora, el destino le ponía otra vez delante de aquella mujer, en aquella otra parte del mundo.

Ya los tres en la calle, Dusty Howard extendió su mano y dijo a la mujer:

—Me alegro que estés bien, Daisy. Y gracias por la información sobre esa carrera.

—¿De veras no sabías nada? —se extrañó ella.

—En absoluto —confesó Samuel Lester.

—Si queréis le hablo a mí tío y os contratará. Como otros muchos, lleva tiempo preguntándose qué habrá sido del gran Dusty Howard y su buen mecánico.

—Otra vez gracias por lo de «gran», reina.

—Lo eres, cariño. El más veloz, el más audaz... ¡el más grande!

—Olvídalo.

—¿Es que no vais a decirme a qué os dedicáis ahora? ¿Ni tan siquiera dónde vivís?

—¿Para qué?

—Pues para... —Se detuvo ante la actitud de su ex esposo, terminó por estrechar aquella mano extendida y bromeó—: Perdona, mi amor; por un instante olvidé lo obstinado que eres. Ni yo misma te puedo cambiar.

¡Volveremos a vernos!

Y se alejó caminando airosamente al añadir:

—Adiós, Samuel. ¡Hasta la vista!

CAPÍTULO VI

Furioso con él mismo, Dusty Howard miró por centésima vez la hora y refunfuñó:

—Son las seis y Heide sin venir.

—Habrá telefoneado a su padre que se queda en casa de algunos amigos.

—Pues podría avisarnos también a nosotros, ¿no?

—La tienes algo disgustada.

—¿Yo? ¿Precisamente yo?

—Precisamente tú, Dusty.

—Roy... ¡Ahora me llamo Roy MacKensy! Y tú Sean Cooper.

—¿A quién quieres engañar, hombre? Para mí que el señor Finlay hace tiempo que sabe perfectamente quiénes somos.

—¿Tú crees?

—Lo creo.

—Pues nunca nos dijo nada sobre eso.

—Ten en cuenta que es aficionado al motor. Desde hace años, le entusiasman las carreras de coches y también las de moto. Seguro que habrá visto más de una vez tu foto en la prensa.

—Sí, es posible.

—Lo que pasa es que es un hombre prudente. Y si nos presentamos a él diciéndole que éramos Roy MacKensy y Sean Cooper, no ha querido contradecirnos.

—¡Caray con la niña! —volvió a refunfuñar el joven—. ¡Vaya plantón!

—Arranca hasta aquella gasolinera. Telefonearé a su padre, por si ella ha llamado.

—¡Pero hemos quedado citados aquí!

—Lo he dicho porque te estás impacientando.

—¿Y no tengo razón? Le dije a las cinco, en el cruce con la carretera. ¡Y pasan de las seis!

—Arranca, telefonearé.

Acey Finlay había tenido noticias de su hija. Le había llamado para decirle que se quedaba en casa de unos amigos de Albury. Ante su insistencia de que debía volver con ellos a casa, la muchacha le había comunicado llorando:

«No, padre. ¡No volveré a casa hasta que no se vaya ese ogro de ahí».

Cuando Samuel Lester le transmitió todo eso al amigo, añadió:

—Lo de ogro debe de ser por ti, Dusty.

—¡Y dale! Todo te se vuelve a echarme la culpa a mí.

—Te apuesto una cosa.

—¿Sobre qué?

—Seguro que mientras comíamos en el hotel Heide nos ha visto por la cristalera que da a la calle principal.

—¿Y eso qué?

—Pues que te debe haber visto sentado delante de una elegante mujer. ¡Tu ex esposa!

—¿Y eso qué tiene que ver con atrapar ese berrinche de niña tonta y decirle a su padre que no volverá mientras yo esté por allí?

—Elemental, hombre. ¡Está celosa!

—¡Esta sí que es buena! Ahora preocupándonos por esa niña.

—Sabes que no le gusta que la llames así.

—Olvida eso. ¿Oíste con atención a Daisy?

—Me dejó sin habla.

—Ya lo vi. Con tu actitud casi le descubres que teníamos! algo que ocultar.

—Pues tú tampoco estuviste muy elocuente.

—Al menos, no hice preguntas sobre esa carrera.

—¿Qué te parece, Dusty?

—Que sería formidable tener a punto nuestra Swam Rat.

—¿Y te inscribirías, de conseguirlo?

—¿Y por qué no?

—Sí. Tenemos las licencias en regla y lo podríamos hacer, como independientes.

—Lo peor es lo de siempre. ¡El maldito dinero! Formar un equipo de seguimiento con todo lo que se necesita para una prueba así debe valer una fortuna.

—Hablaremos con el señor Finlay.

—¿Y qué puede hacer el pobre? Solo tiene el dinero que hoy le llevamos.

—Le ofrecen mucho por estos terrenos, ¿no?

—Sí, pero...

Ya volaban por la carretera camino de regreso, cuando Dusty Howard se interrumpió para felicitar al amigo:

—¡Eres genial. Samuel! Valdrá la pena proponérselo.

—Será como una inversión: si ganamos esa «gran carrera» llegando a la meta los primeros, nos lloverán ofertas sobre la patente de nuestra Swam Rat.

—¡Bien dicho, Samuel! Nuestra y del señor Finlay...!

—Bueno, yo... No he querido decir a partes iguales, pero...

—¿Y por qué no, viejo? ¡A partes iguales! Mejor dicho, a cuatro partes

iguales.

Samuel Lester le miró fijamente y deseó confirmar, feliz:

—¿Te estás refiriendo a Heide, ¿verdad, Dusty?

—Pues claro, hombre. Esa chica me ha ayudado mucho y aún puede ayudarnos muchísimo más. Podría ir contigo y su padre en el coche de seguimiento para... ¡Es capaz de cuidarse de muchas cosas!

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Que si sigue enfadada contigo...

—¡Ya se le pasará! Solo son rabietas de niña.

—Para empezar, prométeme que no volverás a considerarla así.

—¡Qué manía con eso! Pero te lo prometo.

—Y otra cosa: déjame que le plantee la cuestión al señor Finlay.

—Hoy nos escuchará. Abrirá ojos como platos cuando vea todo el dinero que le llevamos.

—No te precipites, Dusty; con eso no hay ni para empezar.

—¡Por supuesto! Pero si le convencemos para que venda o consiga una buena hipoteca sobre sus terrenos...

—Se trata de una vuelta casi completa a toda Australia, no lo olvides.

—Nosotros sabremos economizar. ¡Ya estamos acostumbrados!

—Desde que te dio por no correr más, así es, chico.

—¿Y qué querías? Lo de Saratoga me afectó mucho. Me sentía incapaz de volver a tomar parte en otra prueba. Con todo el público mirándome y quizá diciéndome: «Mira, ahí está Dusty Howard. Por él murieron cinco personas y dejó mutilados a otros muchos».

—Sí, se escribieron muchas tonterías sobre ti.

—Hubo un cronista que dijo que yo era el «asesino con ruedas». ¡El asesino de la pista!

—Olvídalo; hay tipos que no saben cómo llenar un artículo.

—Pero eso duele, Samuel. ¡Duele mucho!

—Bien: ahora estamos aquí y tenemos una excelente oportunidad. Por fortuna no has dejado de entrenarte y prácticamente nuestra querida Swam Rat casi está terminada.

—Di mejor destrozada.

—¡Bah! Son averías fáciles de reparar. Lo esencial es el diseño del motor y el combustible.

—Respecto a eso, tendremos que enterarnos de las reglas y las condiciones para tomar parte en esa carrera.

—¿No oíste a Daisy? Ninguna otra aparte de tomar la salida y ser el primero en llegar a la meta.

—Pongamos que lo conseguimos. Desde las primeras etapas, todos se interesarán por nuestra moto.

—Que lo hagan. Nada les vamos a ocultar.

—¿Crees que es prudente?

—¿Y por qué no, si antes hemos garantizado la patente?

—¡Nuevos gastos!

—Lo que mucho vale, mucho cuesta. Dusty.

—¡Eres formidable, viejo! Jamás te desanimas.

—Piensa en el triunfo, chico. Sería magnífico poder recompensar a los Finlay.

—Cierto, que bien se lo merecen.

—Acelera. Tengo ganas de plantearle todo esto.

Dusty Howard pisó a fondo el acelerador, anunciándole al amigo:

—¡Ahí vamos! Pero luego no te quejes ni me llames imprudente.

Minutos después, aferrándose a donde podía, Samuel Lester no pudo evitar advertir:

—No... no hace falta tanto, loco... ¡Nos vamos a estrellar!

CAPÍTULO VII

El viejo Acey Finlay escuchó sin interrumpir a Samuel Lester ni una sola vez; solo movía la cabeza de vez en cuando y, cuando todo el planteamiento estuvo expuesto, reprochó:

—¿Por qué no empezasteis por ahí desde el principio?

—Nada sabíamos entonces de esa carrera, señor Finlay.

—No me refiero a eso, Roy... o Dusty. ¿Acaso creísteis que no os reconocí?

Los dos americanos sonrieron y el dueño de la casa comentó:

—He visto tu foto muchas veces, muchacho. Ganaste el Gran Premio de San Francisco, el de Albany, Chicago, Oklahoma y el de Miami Beach. De no retirarte tras lo de Saratoga, habrías llegado a campeón del mundo en la máxima cilindrada.

—Algún día le hablaré por qué lo hice.

—Me lo figuro: cuando llegasteis aquí con esos falsos nombres, me dije que si no querías que nadie se enterase quién eras, nadie era yo para contradecirte. Esperaba que el tiempo te rehiciese de aquel desgraciado pasaje de tu vida.

—¿Sabe también lo de mi divorcio?

—Desde luego, Dusty; también lo leí en la prensa. No creas que hasta este rincón del mundo no llegan las noticias.

—Algún día le habríamos dicho toda la verdad, señor Finlay.

—Eso no tiene importancia ahora. Lo que interesa es lo otro.

—¿Y qué le parece lo que le he expuesto? —quiso saber Samuel Lester.

—Pues...

Acey Finley les dejó con la impaciencia de su respuesta, mientras según su costumbre se puso a rascar sus cabellos canosos, para después retacar su vieja pipa y ponerse a fumar calmosamente. Y de pronto les sorprendió con estos comentarios:

—La verdad es que, a mí edad, lo único que realmente me interesa a mí es...

—Diga... ¡diga, señor Finlay!

—Es la felicidad de mi hija, Dusty.

Los dos amigos se miraron en silencio, incapaces de objetar nada ante la inesperada respuesta. Y el dueño de la casa remachó su idea al apuntar:

—Y por las trazas, esa felicidad de Heide está en tus manos, ¿no?

—Pero, señor Finlay... yo... yo... No comprendo y...

—Me entiendes perfectamente, Dusty.

El silencio volvió a prolongarse, hasta que el hombre canoso deseó concretar:

—¿O es que sigues enamorado de tu ex esposa?

—No... No es eso. Lo de Daisy terminó. Pero...

—¿Pero qué?

—Verá, señor Finlay. No creo que sea un tema a tratar aquí.

—¿Por qué no?

—Porque una cosa es que usted y nosotros hagamos un trato, y otra muy distinta el que su hija y yo... Quiero decir, que no estaría bien que yo le prometiese que Heide y yo... No sé si me entiende, señor Finlay.

—Te entiendo perfectamente, Dusty.

—Por favor, no quiero que se ofenda.

—No me ofendo. Pero veo claramente que no quieres a mí hija.

Sin una sola vacilación, fiel a sí mismo, Dusty Howard declaró:

—Tanto como para casarme con ella... ¡no!

Nuevamente les sorprendió al ver que el viejo Acey Finlay soltaba una sonora carcajada. Y cuando se calmó declaró a su vez:

—Si me hubieras prometido ahora mismo casarte con ella, te habría considerado un ventajista. Sí, señor: un redomado bribón capaz de prometer cualquier cosa, con tal de conseguir vuestros propósitos.

—¿Entonces, señor Finlay?

—Conseguiremos todo el dinero que haga falta. Aceptaré una hipoteca sobre parte de estos terrenos, y yo sí que os prometo que estaremos en la salida de esa «gran carrera».

Tras abrazarse, los dos amigos casi exclamaron a la vez:

—¡Gracias, señor Finlay! ¡Muchas gracias!

—¡Es usted todo un tío!

—¡Calma, calma, amigos! Desde ahora tendremos muchas cosas que hacer.

—Por la moto no se preocupe —aseguró Samuel Lester—. Volveremos a tenerla lista antes de una semana.

—No me refiero solo a esa endemoniada «Rata de Pantano». Ni a tu tobillo, Dusty. Ante todo, ¿cuándo empieza esa vuelta a Australia?

—Ni idea. Daisy no lo dijo.

—Bien, no importa. Supongo que los organizadores lo anunciarán a su debido tiempo.

—Tendremos que enterarnos también del reglamento que aplicarán.

—Lo especificarán todo en los contratos. He organizado muchas carreras y sé muy bien cómo va todo eso. ¿Tienes tu licencia lista, Dusty?

—Para ahora mismo, señor Finlay.

—Otra cosa. ¿Qué material vais a necesitar?

—Le haremos una lista —prometió el mecánico.

—¿Y lo de ese exótico carburante?

—Yo mismo lo prepararé aquí —aseguró Dusty—. Haré las mezclas debidas.

—Bien, pues mañana mismo me planto en el Albury y visitaré a los de esa condenada urbanización. Firmaré la hipoteca... ¡y dispondremos de dinero en el banco!

—Señor Finlay.

—Dime, Dusty.

—Nosotros también firmaremos con usted un contrato.

La mano de Acey Finlay quedó significativamente extendida al indagar confiado y risueño:

—¿No crees que basta con un apretón de manos?

—¡Por supuesto!

—Lo dicho, señor Finlay. ¡Es usted todo un tío!

—Sin zalemas, Samuel. ¡Y a trabajar!

Y al levantarse preguntó:

—¿Y ahora quién prepara la cena?

—Yo mismo, señor Finlay.

—Bien dicho, Dusty. Al fin de cuentas, Heide se quedó en Albury por tu culpa.

—¿Por mí culpa?

—¿Sabes lo que me dijo por teléfono? Que te había visto comiendo con una bella mujer en el Adelaida-Hotel.

—Samuel también estaba.

—Sí, pero mi hija solo te vio a ti. Mañana mismo vuelve conmigo.

Los tres sonrieron con ganas y siguieron charlando.

* * *

Una sombra se deslizó por entre las sombras de la noche. Aquel hombre avanzaba despacio, procurando no hacer ruido mientras cautamente caminaba hacia los viejos y destartalados hangares del apartado autódromo de Albury. Una luz encendida le guio hacia los talleres y se deslizó hacia allí.

Dentro, Dusty Howard se limpió las manos de grasa y advirtió al amigo:

—¿No has oído eso?

—¿El qué?

—Pasos ahí fuera; alguien se acerca.

—Sigue con esa pieza, debe ser Heide.

—¿A estas horas? ¿A las tres de la madrugada?

Burlón, Samuel Lester se puso a silbar una canción, cuya letra apuntaba:

¡Oh, Amor, que me robas el sueño!
Sal a la noche a ver a mí dueño...

Y para mayor indirecta comentó:

—Una chica enamorada considera cualquier hora buena para ver a su amado.

—Déjate de tonterías. Si es ella vendrá para traernos café.

—¿A estas horas? —remedó Samuel, siempre burlón.

—Haremos una cosa. Nos escondemos por ahí y cuando Heide entre... ¡le damos un susto!

—O.K., Dusty, vamos tras esos bidones.

Casi al tiempo de acurrucarse los dos tras los bidones, la puerta del taller empezó a abrirse lentamente, con excesivas precauciones para que fuese la muchacha rubia.

Samuel Lester y Dusty Howard se miraron en silencio, máxime al atisbar que en el taller entraba un individuo, totalmente desconocido para ellos. Aquel hombre vestía un jersey de cuello alto y llevaba un gorrito de lana casi hasta las orejas.

Lo peor era que en la diestra empuñaba una pistola.

Siempre sigiloso y con recelo, se acercó al único foco de luz encendida en el amplio taller. Se inclinó y con mucha atención se puso a observar la moto, casi prácticamente desmontada, con muchas de las piezas de su motor extendidas sobre una manta grasienta en el suelo.

Los dos amigos no quisieron esperar más. Tras intercambiar miradas en silencio empezaron a incorporarse para salir tras de los bidones y Dusty Howard amenazó con voz firme:

—Quieto ahí, gorrión. ¡O te suelto un escopetazo!

El individuo quedó inmovilizado ante la amenaza. Siguió inclinado ante las piezas del motor de la Swan Rat y al oír los pasos a su espalda pidió, al parecer asustado:

—No... ¡no dispare, por favor!

—¿Qué buscas por aquí?

Esta vez nada dijo y por su parte Samuel Kester pidió:

—Suelta esa pistola y empieza a volverte. ¡Pero muy despacio!

El individuo se volvió, pero fue para ponerse a disparar frenéticamente su arma. Samuel Lester sintió que la bala pasaba siniestramente silbando junto a su cabeza y, por instinto de conservación, con la máxima rapidez se arrojó al suelo. Su joven amigo le había imitado, porque en realidad no empuñaba ninguna escopeta en sus manos.

Por fortuna para ellos, aquel individuo no se quedó allí para averiguarlo. Por las trazas le urgía más huir y, aunque sin dejar de disparar la pistola, buscó a la carrera la salida del taller.

Desapareció entre las sombras de la noche, tal como se había

presentado allí. Cuando los dos amigos también salieron del taller, al fondo escucharon que un motor se ponía en marcha.

—¡Maldito sea! —bramó Dusty—. De no tener el tobillo así, le habría alcanzado.

—O él a ti, con uno de sus disparos —pareció celebrar Samuel.

—¿Quién puede ser? ¿Y qué diablos buscaba por aquí?

—Déjate de preguntas ahora; el señor Finlay y Heide no tardarán en bajar. A ver qué les decimos, para no alarmarles.

Desde la entrada del taller, vieron que en la casa habitable dos luces se encendían, casi simultáneamente: una correspondía a la habitación de Acey Finlay y la otra a la de su hija. Cuando llegaron ante sus dos invitados envueltos en sus batas, la muchacha indagó alarmada:

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué han sido esos disparos? —preguntó su padre.

—Tranquilos, solo se trataba de un ladrón —dijo Samuel.

—¿Un ladrón? —repitió incrédulo Acey Finlay—. ¿Y qué diablos quería robar por aquí? ¿Vieja chatarra que nada vale?

—No le pudimos dar alcance, señor Finlay. Lo mejor será telefonear a Albury, por si la policía...

—Ahora mismo, Dusty.

—¿De veras no pasó nada? —volvió a interesarse Heide.

—Nada, chiquita; lo mejor será que vuelva a dormir.

—No deberíais quedaros a trabajar hasta tan tarde.

—Por suerte lo hicimos —celebró Samuel—. De no estar en el taller, ese tipo pudo llevarse algunas de las piezas del motor de la moto.

Acey Finlay dejó de caminar hacia la vivienda, buscando en la noche los ojos de Dusty Howard al apuntar:

—¿Creéis que vino por lo de esa moto?

—Ni idea, señor Finlay. Llame a la policía y lo mejor será que todos vayamos a dormir.

—Sí, ya es muy tarde. Vamos, hija.

Mientras los dos amigos seguían al padre y la hija, Dusty Howard le susurró a Samuel Lester:

—Mañana me planto en Albury.

—¿Para qué? —Y aún añadió, pensativo—: Olvídala, Dusty: es lo mejor. Esa diosa nunca te ha convencido.

—No es para lo que tú crees.

—¿Entonces?

—Me zampo una bota si Daisy y su tío no tienen nada que ver con esto.

—¿Tú crees?

—¡Ya me dirás! El señor Finlay tiene razón. ¿Qué ladrón va a venir a robar por aquí, si todo se cae de viejo y abandono?

—No sé, pero...

—No hay otra explicación, viejo. Cuando estuve casado con Daisy, alguna vez la hablé sobre mis proyectos. La extrañó mucho vernos por aquí y que no aceptásemos volver a ser contratados por su tío. ¡Y la conozco muy bien!

—¿Crees que quieren meter las narices sobre lo que estamos proyectando?

—Te he dicho que me zampo un zapato si no acierto.

CAPÍTULO VIII

Siempre elegante y con su característica sonrisa cínica en los labios, Peter Gargill se levantó del butacón para avanzar con la mano extendida hacia el joven que le había telefoneado al hotel, anunciándole su visita.

Y su jovial saludo fue:

—¡Dusty, muchacho! ¡Un siglo sin verte!

Dusty Howard no estrechó aquella mano fina y cuidada al responder, secamente:

—Sin cumplidos, señor Gargill; vengo a pedirle que nos deje en paz.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabe muy bien.

—No sé de qué hablas, Dusty. Vamos, siéntate y hablaremos un rato. Daisy me dijo que os había visto por aquí y... ¿Por qué desaparecisteis?

—También lo sabe, señor Gargill.

—Lo único que sé es que me dejaste, y con un contrato firmado.

—¿Va a pedirme indemnización?

Dusty Howard ya se había sentado en otro de los butacones del *hall* del hotel, escuchando que el famoso promotor de carreras apuntaba:

—Pude hacerlo, y ya viste que no protesté.

—Porque no le convenía. Por su sobrina se enteró que estaba dispuesto a todo.

—¿Cuándo vas a convencerte que lo de Saratoga fue un desgraciado accidente?

—Provocado por usted.

—¡Qué tontería! Cherman se te echó encima y tú, empeñado en ganar aquella carrera...

—A Cherman le pagó usted, para que lo hiciera.

—Lástima que el pobre muriera. De no ser así, lo podría desmentir.

—Eso le salvó, señor Gargill: los dos habríamos declarado contra usted.

—Nada habríais conseguido. Esas cosas ocurren porque vuestro «oficio» es muy arriesgado, Dusty. Precisamente esos riesgos es lo que da más emoción.

—Los riesgos los admito. ¡Pero no los chanchullos, señor Gargill.

—¡Bobadas, muchacho! Te empeñas en ver fantasmas donde no los hay.

—Usted apostó una millonada a favor de Quinkey. ¡Y se embolsó el dinero!

—Todo queda muy lejos, muchacho. ¿Querías verme para hablar de

eso?

—Y para añadirle que nos deje en paz. Ni Samuel ni yo volveremos a correr para usted.

—¿Y por qué no, si os ofrezco buenos contratos? Va a ser la carrera del siglo y necesito un buen piloto como tú, Dusty. Tu amigo también es un excelente mecánico y os proporcionaré los medios para ganar esa vuelta a Australia.

Hizo una breve pausa y añadió, sonriente y con entusiasmo:

—Ya me conoces, Dusty. Siempre dispongo de lo mejor de lo mejor.

—Precisamente por conocerle, señor Gargill.

—Vamos, vamos, hombre. Olvida viejos rencores. Es una excelente oportunidad para que el gran Dusty Howard vuelva a los circuitos.

—Puedo volver sin su ayuda.

—¿De veras?

Tras nueva pausa, el rico e influyente promotor se puso a argumentar con elocuencia:

—¿Sabes lo que significa una prueba así, Dusty? Dinero... ¡mucho dinero! Lo primero una buena máquina y que esté a punto. Y luego viene toda la organización para todo el equipo de seguimiento, el material, los mecánicos... ¡Ya sabes!

—¿Incluye los saboteadores?

Peter Gargill quedó muy serio y creyó conveniente repetir:

—¿A qué te refieres?

—Anoche, alguien pagó a un tipo para que visitase, ¡a las tres de la madrugada! nuestro taller.

—Nada tengo que ver con eso, Dusty.

—He venido a decírselo, por si lo ignoraba, señor Gargill.

—Te doy mi palabra que...

—¿Puede negar que ha estado haciendo investigaciones por ahí?

—¿Quién, yo...?

—Alguien lo hizo; tengo buenos amigos en Albury y me han informado. Un individuo, que debe ser al que anoche le hicimos huir, estuvo interesándose sobre lo que Samuel y yo hacemos en el viejo y abandonado autódromo de Albury. También se interesó por el material que compramos cuando bajamos a la población.

—Dusty, a mí solo me interesa una cosa.

—Olvídelo, señor Gargill. Jamás volveré a correr bajo su batuta.

—¿Es tu última palabra?

Levantándose al dar la entrevista por terminada, el joven motorista tan solo advirtió:

—Queda avisado, señor Gargill. Juegue limpio... ¡o lo sentirá esta vez!

También abandonando el butacón con viveza, el rico promotor indicó a

su vez:

—¡Un momento, jovencito!

—Nada más tenemos que hablar.

—¡Te equivocas! A mí no hay nadie que me amenace. Y si lo vuelves a hacer sin ninguna prueba concreta, sabes que me sobra poder y recursos para denunciarte por difamación. ¡Sigues siendo muy poca cosa para Peter Gargill, muchacho!

El resultado de aquella entrevista fue que Dusty Howard salió del Adelaida-Hotel mucho más enfadado y preocupado de lo que había entrado.

* * *

En aquella ocasión, la velocidad alcanzada por la Swan Rat sobre el accidentado circuito del viejo autódromo de Albury había llegado a los 342 km/h, fielmente cronometrados por la entusiasmada Heide, que se puso a celebrarlo, así que Dusty dio por terminada la prueba:

—¡Lo conseguiste, Dusty! ¡Ahora va más rápida!

También acercándose al motorista que se libraba del casco, Acey Finlay y Samuel Lester le palmearon las espaldas. Los cuatro se sentían felices por los trabajos realizados durante aquellos últimos días, en los que, obsesionados con su objetivo, prácticamente casi no descansaban.

La mañana resultaba soleada y aquel sería un feliz día de descanso para ellos. Todo les parecía que resplandecía, cuando Samuel Lester se puso a olisquear y advirtió:

—¿No huele a humo?

—Debe ser el motor de la moto, excesivamente recalentado —opinó Dusty.

Se inclinó para examinar la Swan Rat, cuando de pronto tuvo que alzar la cabeza al oír que Heide se ponía a gritar:

—¡Fuego! ¡Fuego en los talleres!

Todos miraron hacia allí alarmados, aunque Dusty no dudó un solo instante en volver a saltar sobre el sillín de la moto. Arrancó como una exhalación buscando la salida de la pista y como un meteoro fue corriendo hacia los talleres, cercano al edificio que les servía de vivienda.

Desde la entrada del taller vio las primeras llamas y temió que, de alcanzar a los bidones del carburante, todo aquello explotaría como una formidable bomba. La Swan Rat fue lanzada al suelo y el hombre corrió en busca de uno de los extintores en su desesperado intento para dominar el fuego que empezaba a extenderse.

El ruido de un motor poniéndose en marcha le hizo recordar la noche en que sorprendieron a aquel individuo a las tres de la madrugada en el taller. La oportuna llegada del jadeante Samuel Lester tras la carrera, le hizo

decidir:

—Sigue con el extintor, viejo. ¡Voy por él!

—¡Eh, un momento! ¿Adónde vas, Dusty?

—Esta vez no escapará —fue la única respuesta del amigo.

Instantes después el poderoso motor de la Swan Rat volvió a rugir, dirigiéndola su conductor hacia una de las lomas cercanas. Tras aquella elevación del terreno el incendiario debía haber dejado oculto el vehículo que le había llevado hasta allí, lo mismo que la otra vez.

Dusty Howard aceleró a fondo campo a través, confiando en su pericia para seguir salvando los accidentes del terreno, no muy propicio para la velocidad que deseaba alcanzar. Debía subir por aquella loma para, una vez en la cresta de la cima, lanzarse a bajar hasta alcanzar la carretera que conducía a la vecina población de Albury.

Desde la cima distinguió la cinta de la carretera asfaltada y el vehículo que se alejaba por ella a gran velocidad; se trataba de un *jeep* descubierto, aunque la distancia no le permitió identificar a su conductor. Pero sí le vio inclinado sobre el volante ansioso de imprimir a su huida el máximo de velocidad.

Dusty Howard sonrió: para su Swan Rat aquello sería coser y cantar.

«En un instante le alcanzaré», se dijo.

Una vez descendida la loma y alcanzada la carretera, la poderosa máquina empezó materialmente a volar sobre el asfalto. El hombre que huía se dio cuenta de la persecución, empezando a maniobrar sobre el volante del *jeep* para impedir que el veloz motorista le alcanzase, rebasándole.

Dusty Howard tuvo que poner a prueba toda su pericia, en aquellos constantes virajes de lado a lado de la carretera. También tuvo que aminorar la marcha, para no chocar con la parte trasera del vehículo, cuyo conductor se esforzaba en no dejarle pasar.

¿Hasta cuándo iba a durar aquel arriesgado «juego»?

De pronto, el conductor del *jeep* frenó inesperadamente y con brusquedad, en su intento de que el motorista que le perseguía chocase brutalmente contra la parte trasera de su vehículo.

Pensó que eso le libraría de él.

Pero aquel hombre olvidó algo muy importante: Dusty Howard no era un motorista cualquiera. Se trataba de un experimentado profesional, con rápidos y adiestrados reflejos, capaz de en una sola fracción de segundo maniobrar con rapidez y pericia para variar de dirección y seguir la marcha.

Es lo que hizo y consiguió rebasar al alarmado conductor del *jeep* por la parte derecha, al tiempo de gritarle:

—¡Frene, estúpido! Solo tendrá que declarar quién le paga.

Por un instante creyó que le haría caso. Al menos vio cómo aminoraba

la marcha y Dusty hizo lo mismo para no alejarse más carretera adelante. Pero nuevamente los reflejos del motorista y su veloz máquina le salvaron, cuando percibió con el rabillo del ojo y por el ruido del motor del *jeep que* lo que pretendía ahora era echársele encima y arrollarle.

La Swan Rat saltó como un caballo brioso volviendo a ganar distancia, así que el hombre que la pilotaba presionó sobre su sistema de aceleración.

Y esquivando el encontronazo criminal, a pocos centímetros de la parte trasera de la moto el *jeep* siguió inexorablemente su dirección hacia la derecha, precipitándose fuera de la carretera al rebasar la cunetas derecha.

Ya sin control firme en el volante, el vehículo dio un par de vueltas de campana y tras varios encontronazos sobre el terreno pedregoso al fin quedó quieto y humeante, medio volcado.

Dusty Howard regresó, pero resultaron inútiles sus intentos para salvar al conductor. El vehículo se había incendiado y una explosión terrible no tardó en convertirlo en chatarra ennegrecida y retorcida, con una densa columna de humo negro que empezó a alzarse en el aire de la mañana soleada Ante aquel dantesco espectáculo, Dusty pensó en el incendio provocado del taller y musitó:

—Quien con hierro mata... con hierro muere.

Aquel canalla debía haber sufrido una muerte horrible Lo más prudente era regresar.

Se lo había buscado...

CAPÍTULO IX

Dusty Howard consideró que las mentiras piadosas no llegan a los oídos de los dioses: por eso se limitó a informar a sus amigos:

—Volvió a escapar, el muy granuja.

El único que le miró algo perplejo fue Samuel Lester, que se puso a preguntar:

—¿Cómo dices? ¿Resultó más veloz que nuestra moto?

—No hombre; pero el tipo tenía la retirada bien estudiada.

Y deseando no tener que explicar más sobre aquello, a su vez indagó:

—¿Se ha quemado mucho?

—No, gracias a que corriste hacia aquí y empezaste a emplear el extintor.

—Fue Heide la que vio el incendio.

—¿Y sabéis lo que se va a quemar ahora?

Los tres hombres se miraron perplejos, hasta que la muchacha rubia exclamó:

—¡La comida! He estado toda la mañana preparándola. ¿Vamos o no a celebrar que la Swan Rat esté a punto?

—Tienes razón, hija; pero me preocupan esas extrañas visitas a nuestro taller —manifestó Acey Finlay.

—Tendríamos que aumentar la vigilancia —propuso Samuel.

—Bien; ya metidos en gastos... ¡contrataremos a unos hombres!

—No, señor Finlay.

—¿Por qué no, Dusty?

—Porque sería como anunciar, a los cuatro vientos, que ocultamos algo de importancia aquí.

—¿Y no es importante? Esa moto puede ser nuestro triunfo... ¡o nuestra ruina!

—Nos bastaremos nosotros solos, señor Finlay.

—Como digas, chico. ¡Tú dispones!

—Disponemos todos. ¿No somos socios, incluyendo a Heide?

—Pues si es así, yo creo que mi padre tiene razón, Dusty —manifestó la muchacha—. Esa mujer te odia... ¡y su tío también! Y seguro que harán todo lo posible para que no podamos tomar parte en esa prueba.

—Eso ya lo veremos, pequeña.

—¡Huy! No me llames «pequeña».

—Perdona, Heide, pero no te sulfures.

—¿Vamos a comer, o no, pelmazo?

—Vamos, hija: y mientras lo hacemos ya hablaremos de todo esto.

* * *

En el estadio construido cuando la Olimpiada en Melbourne no entraba ni un alfiler más. Más de mil periodistas, entre fotógrafos y corresponsales deportivos, se habían dado cita allí, al objeto de poder informar al mundo sobre «la gran prueba», la vuelta motociclista a Australia, partiendo desde allí para ascender por toda la costa oriental de la gigantesca isla, al objeto de tomar la salida, ya neutralizada, en la capital Canberra.

Los kilómetros desde las pistas del estadio de Melbourne hasta la cinta de salida de Canberra servirían como variopinto preludio en aquel auténtico carnaval de marcas, equipos de seguimiento, fabricantes de las poderosas máquinas y todo el complicado montaje para una prueba de tal categoría, en la que no solo se iba a dilucidar quién sería el campeón, sino también cuál sería la marca que se alzaría con el fabuloso contrato que el Gobierno central australiano ofrecería.

A saber: toda la policía y su ejército serían dotados con la marca de la moto que ganase «La gran prueba».

Naturalmente, aquello significaba un contrato de miles de millones.

Un fabuloso premio lo suficientemente «goloso» como para que los países industriales más poderosos y adelantados del planeta, durante meses se hubieran esforzado al máximo para conseguirlo.

Por supuesto, allí estaban debidamente representadas las mejores y más acreditadas marcas de Japón, Estados Unidos, Italia, Francia. Inglaterra, Canadá, Rusia, España y la reciente industria motociclista de China, todas dispuestas a competir, tanto por el prestigio internacional y deportivo, como por lo que podía representar en el aspecto comercial y económico.

Debido a todo esto, «La gran prueba» motociclista de Australia había llegado a convertirse como en una Feria Internacional del Motor, en la que se movían y barajaban importantes intereses económicos, transacciones comerciales y hasta no pocas reuniones ministeriales, con repercusiones en la Bolsa internacional, habida cuenta de todo lo que estaba en juego.

Y ya se sabe: donde se manejan tales especulaciones y cifras, suele haber de todo.

Legal, y hasta ilegalmente.

Reuniones secretas, acuerdos previamente aceptados, compromisos que se cumplirán o no; manejos bajo cuerda, intentos de sobornos, compras, cohechos y toda clase de intentos para llevarse el «gato al agua».

Por cierto, uno de los que más se movió en aquellas semanas previas a «La gran prueba», fue el rico e influyente promotor norteamericano Peter Gargill. Siempre llevando junto a él a su deslumbrante sobrina Daisy, viajaron por toda Australia para establecer los debidos contactos, asistieron

a reuniones, fiestas, banquetes y juntas financieras, en empeñados intentos para allanar en lo más posible el camino a la marca que iba a representar: una soberbia moto salida de una de las fábricas de Detroit, modelo exclusivo para aquella magna ocasión, y en cuya patente figuraba el ostentoso nombre de «Ruedas con Alas».

El optimista Peter Gargill tenía puestas muchas ilusiones en aquel prototipo, para el que había contratado el mejor piloto italiano, Lucchio Rangoni, cuatro veces campeón mundial en los 900 c.c.

Y por supuesto, un numeroso y acreditado equipo de seguimiento, con excelentes mecánicos, piezas de recambio y todo lo que se podía necesitar para un largo recorrido de más de veinte mil kilómetros.

Cumpliendo largamente con todos los requisitos que los organizadores de la prueba exigían, Peter Gargill había dejado deslizar donde él sabía que se podían tomar las últimas decisiones:

—Ese contrato que ofrece el Gobierno australiano para el vencedor, quiero decir para la marca de moto que entre primero en la meta, debería sufrir algunas modificaciones.

—¿Cuáles, señor Gargill? —se habían interesado.

—Vencer en una larga prueba así, puede hacerlo algún piloto con más o menos suerte. Pero luego, ¿podría cumplir el compromiso?

—¿A qué se refiere concretamente, señor Gargill?

—Aunque pueda entrar vencedor el primero en la meta, si monta alguna marca poco importante, quizá luego no tenga capacidad económica para servir al Gobierno australiano todas las motos que precisa.

—Es posible, señor Gargill. Pero sin duda, habrá demostrado que su moto es la más rápida y resistente. O en otras palabras: la que realmente le interesa a nuestro Gobierno.

—Sí, pero...

—No se preocupe por el resto, señor Gargill. Nuestro Gobierno financiaría la construcción de esas motos en serie, para dotar con ella a la policía y nuestro ejército.

—Bien, bien: siendo así... ¡que gane el mejor!

—Eso esperamos, señor Gargill.

Volviendo a la carga, días antes de la fecha fijada para dar la salida neutralizada en Canberra, Peter Gargill había insistido ante los organizadores de «La gran prueba»:

—Los independientes no deberían tomar parte, caballeros.

—Ya están en el programa, señor Gargill.

—Cierto, pero... ¿no se podría modificar?

—¿Qué inconveniente ve, señor Gargill?

—No uno, señores, sino muchos. ¡Muchos inconvenientes!

—¿Por ejemplo?

—Entre otros muchos, su equipo de seguimiento. Ellos mismos irán quedando averiados a lo largo de las duras etapas. No harán más que estorbar a los otros.

—Tranquilo, señor Gargill. La organización irá cuidando de ellos. Y el corredor que no sea capaz de pasar los controles debidos, inmediatamente será retirado.

—Bien, bien; yo lo decía para una mayor fluidez en la prueba.

—Existirá esa fluidez, señor Gargill. ¡La garantizamos!

—La entorpecerán, caballeros. ¡Ya lo verán! Esos pobres diablos que se han inscrito en «La gran prueba», con más optimismo y esperanzas que con medios, irán quedando en las etapas como montones de chatarra inservible.

—Será su problema, señor Gargill.

—¡Y el nuestro, caballeros! Aceptarles es tanto como admitir que un peso mosca se enfrente a todo un peso pesado.

—Verá, señor Gargill, Australia es un país libre, y por cierto bastante original. Por aquí nos gusta dar oportunidades. ¿Comprende?

—¿Oportunidades a los más débiles?

—Si al final demuestran ser los más preparados y mejores, ¿por qué no, señor Gargill?

—En mi país no perdemos el tiempo así.

—Pero le repito que estamos en Australia, señor.

Al final, Peter Gargill y otros poderosos promotores tuvieron que aceptar las condiciones impuestas por los organizadores de «La gran prueba». Todas sus interesadas insinuaciones, intrigas e intentos de manejos bajo cuerda quedaron sin efectividad, ante la firme oposición de los representantes del Gobierno australiano. La vuelta a Australia en moto se había convertido en algo de interés nacional, como algo que afectaba a todos por igual y que deseaban se realizase dentro de la mayor deportividad y oportunidades para todos los participantes.

Los únicos intereses que debían permanecer en todo aquello eran los verdaderos. A saber: la moto que fuese capaz de ganar «La gran prueba» sería la elegida por el gabinete australiano.

Y eso, tanto como si sus representantes eran poderosos fabricantes, como si se trataba de un simple aficionado.

Para eso se organizaba «La gran prueba» a escala internacional.

Para que triunfase el mejor.

* * *

Como otros muchos que habían inscrito a sus motos y corredores, Aney Finlay no ignoró los intentos de manejos de los poderosos. Estuvieron soportando todas aquellas presiones, siempre aferrados al reglamento que estaba bien claro, hasta el punto de poderse concretar todo él a un solo

punto: lo esencial era tomar parte en la salida y llegar, tras superar con la misma moto todas las etapas y pruebas, el primero a la meta de Canberra con la misma máquina.

El resto del articulado se refería a distancias por etapa a recorrer, fijación de los trazados, horarios de salida, tiempo mínimo por cada etapa para no quedar descalificado, premios por etapas volantes, bonificaciones de tiempo para la regularidad y otro punto importante a cumplir a rajatabla: el piloto siempre tendría que ser el mismo.

Por descontado, los organizadores se cuidarían de la asistencia médica y de los casos de accidentes. Pero, para el resto, cada equipo debía cuidarse por él mismo. Ni comidas, ni alojamientos, ni recambios de piezas ni carburantes quedaban por cuenta de la organización de «La gran prueba» que, eso sí, se cuidaría de establecer los controles que considerase necesarios para que todo marchase según el reglamento establecido.

Tanto Dusty Howard como Samuel Lester estuvieron leyendo todo aquello con suma atención. Estaban dispuestos a someterse a todas las disciplinas, pero el veterano mecánico apuntó:

—¿Y si alguien nos asalta, durante el recorrido?

Acey Finlay se levantó, para volver al poco de su habitación mostrándoles su viejo rifle de caza al indicar:

—¡Que lo intenten; Hace tiempo que no practico, pero mi hija os puede afirmar que fui un tirador de primera.

—No hará falta su rifle, señor Finlay. Todo discurrirá por los cauces normales.

—¿De veras, Dusty? Pues a ver si te enteras de una vez, muchacho. No ha sido solo Peter Gargill el que ha intrigado hasta el final, para que no tomases parte en esa prueba.

—Me lo figuro, señor Finlay. ¡Hay grandes intereses por en medio!

—Esa gente es muy capaz de todo.

—Iremos con los ojos bien abiertos —aseguró Samuel Lester, para al poco mostrar a sus amigos—: Yo también me he comprado este «juguete».

Su diestra mostraba una pistola, y aunque le sonrió divertido, Dusty Howard no les confesó que, en secreto, él también había hecho lo mismo.

Solo la alarmada Heide pareció protestar:

—¿Pero es que creéis que esa carrera va a convertirse en una batalla campal?

—No lo sabemos, hija, ¡pero sí que lucharemos hasta el final!

—Un momento, padre. ¿Y por qué no nos retiramos?

—¡Heide! —exclamó Dusty.

—¡Pero, hija! —se extrañó el hombre canoso.

—¡Eso nunca, muchacha! —rechazó a su vez Samuel.

—Bueno, bueno; no hace falta que os pongáis así. Solo... solo fue una

idea.

—Descabellada, hija. Llevamos mucho tiempo metidos en esto. ¡Y también gastado mucho dinero!

—¿Y no perderemos más si nos matan?

—Tranquilízate, Heide: nadie va a matar a nadie. Admito que encontraremos no pocos obstáculos, unos legales y otros no. Es un recorrido muy largo y muchas veces por terrenos muy apartados y solitarios, como para alguien no intente... no intente...

—Termina, Dusty —incitó ella.

—Quiero decir que alguien no intente dejarnos descalificados, sin opción al triunfo. Pero de eso a pensar que...

—Dusty tiene razón, Heide. A fin de cuentas, solo se trata de una carrera de motos, ¿no? —También intentó tranquilizar Samuel.

—Sí, una carrera de motos, pero que para la ganadora puede significar... ¡muchos millones! Ahí está la diferencia, Samuel.

—Precisamente por eso nos arriesgaremos, hija.

Hasta el día en el que todos los participantes tuvieron que concentrarse en el estadio olímpico de Melbourne, los cuatro discutieron mucho sobre aquellas cuestiones. Pero cuando se vieron sumergidos en aquella alegre y ruidosa vorágine multicolor, con el estadio atestado de gente y soportando el acoso de los periodistas y las cámaras de televisión de medio mundo, tanto Dusty Howard que montaba su Swan Rat, y su mecánico Samuel Lester que conducía el *jeep,* seguido del camión que cuidaba Acey Finlay junto a su hija, volvieron a mostrarse optimistas.

Todo recelo había quedado olvidado.

A los cuatro solo les importaba una cosa: ¡luchar hasta el final!

CAPÍTULO X

Al fin, la salida oficial en Canberra se dio de acuerdo con el tiempo empleado por cada uno de los participantes en recorrer la distancia desde el estadio olímpico de Melbourne hasta allí, la capital de Australia.

El gentío también era enorme y los organizadores no se pudieron quejar, con respecto a los beneficios por entrada para aquel circuito, en el que cada participante debía dar tres vueltas completas según su orden de salida, para al fin enfilar la carretera que le conduciría a Sydney, primera meta y lugar de control.

Al día siguiente partirían hacia Newcastle, para tomar la autopista hasta Brisbane, en un serio recorrido de más de mil kilómetros, no estando permitida ni una sola parada.

Cada piloto tendría que valerse por él mismo.

Dusty Howard tomó la salida en el decimotercer puesto, porque, intencionadamente, no había querido forzar al máximo la velocidad de su Swan Rat, temeroso de que su moto pudiese llamar la atención desde los primeros momentos; para nada necesitaban aquella publicidad que, por el momento, más les podía perjudicar que beneficiar.

Lo que verdaderamente importaba era la última etapa, no la primera.

Sin embargo, no deseando arriesgar mucho quedándose rezagado del grupo de cabeza, al cuarto día, ya escalando las montañas que les conducirían a la península de York, cubrió la etapa entrando en el noveno puesto de la clasificación general.

A partir de allí dejarían de ver las aguas del océano Pacífico y del mar del Coral, para descender de la península de York por su lado opuesto bordeando todo el litoral oriental del golfo de Carpentaria en su obligada ruta hacia el puerto de Normanton.

Por fortuna, la Swan Rat seguía respondiendo: no había sufrido ni una sola avería.

Contrariamente, marcas muy acreditadas en la industria mundial, habían precisado de sus respectivos mecánicos para poder seguir en «La gran prueba» que desde allí, una vez cruzadas las áridas llanuras de Pine Creek y ascendido hasta la península de Palmerston, empezaría a mostrar su verdadera dureza.

Por las noches, de madrugada o según marcase el horario alternativo y según las distancias de las respectivas etapas, Acey Finlay y su hija se reunían con el mecánico Samuel Lester y el mismo Dusty Howard, quien les aseguraba encontrarse en perfectas condiciones físicas y dispuesto a

seguir ganando puestos en la clasificación general, porque una vez llegasen a Cambridge se tendrían que empezar a enfrentar con el Gran Desierto de Arena, que ocupaba gran parte de los territorios de la Australia Occidental.

—Eso significa tener que atravesar la línea del Trópico de Capricornio y hará un gran calor por allí. Y no sabemos cómo responderá la moto.

—Bien —aseguró el siempre optimista Samuel Lester—. La he examinado a fondo en estas horas de descanso y todo funciona perfectamente.

—Ten en cuenta que hay una etapa de más de dos mil kilómetros, hasta llegar a Nannine.

—La distancia es lo de menos, Dusty. ¡Resistirá! Lo peor será la arena. Mira el mapa: en esta parte, que se llama el desierto de Gibson, suele ser muy fina y movible. Es una zona de grandes vientos y según la dirección que azota el paisaje cambia constantemente.

—Llevo la brújula.

—¿Y si aun así te pierdes? —temió Heide.

Los tres miraron a la muchacha en silencio, aunque su padre reprendió al fin:

—No empieces con tus temores, hija. Se entiende que viniste con nosotros para ayudarnos y animarnos, ¿no?

—Cierto, padre; pero el Pobrecito de Dusty estará muy solo cruzando ese desierto. Mirad el mapa, ¡es como un océano de arena!

—«El Pobrecito de Dusty» lo cruzará —remedó, ciertamente burlón, el motorista.

—¿Y si yo te acompaño en el *jeep?* —propuso alegremente la muchacha.

—¿Quieres que nos descalifiquen?

—He dicho acompañarte, no ayudarte en nada.

—No creas que estaré tan «solito». La Ossa de Patrik O’Nell y la Ducati de Emerson me vienen pisando los talones. Ese irlandés saldrá apenas a cinco minutos de mí y el sueco a unos doce. En caso de sufrir alguna avería o pasarme algo, no tardarían en encontrarme en la ruta.

—El desierto es muy grande, Dusty.

—Pero en moto se dejan buenas huellas, rica.

—Ya estás enfadándote conmigo.

—¿Por qué no vas a dormir, hija?

—Cuando vosotros, padre. ¡Yo soy uno más! Eso dijisteis.

—Pero hoy puedes aprovechar a descansar en ese hotel.

—¿Y vosotros en el camión, vigilando todo el material? ¡Ni hablar!

—Déjela, señor Finlay. Ya sabe que es terca como una mula.

—Y tú eres un grosero.

—Por favor —suplicó Samuel Lester—, ¡no volváis a empezar!

A veces, en los obligados controles de las sucesivas etapas que iban dejando atrás, Dusty Howard solía ver a la elegante e inconfundible mujer que durante poco tiempo fue su esposa. Daisy Donald seguía como siempre, luciendo elegantes atuendos que siempre realzaban su sugestiva belleza, como si se encontrase paseando por Londres o la Quinta Avenida de Nueva York. Junto a su tío seguía «La gran prueba», aunque utilizando grandes y cómodos vehículos, cuando no helicópteros o aviones que les transportaban en las largas distancias.

El prototipo fabricado en Detroit, patrocinado por Peter Gargill y pilotado por el campeón italiano Lucchio Rangoni, pese al numeroso equipo de mecánicos y vehículos de seguimiento con todo lujo de material, hasta el presente solo ocupaba un cuarto puesto en la clasificación general, pese a la opinión de la mayoría de los cronistas deportivos que consideraban sería el campeón. No eran pocos los periodistas que seguían a «La gran prueba» y en sus artículos, retransmisiones por radio y la televisión, aseguraban que tan solo contando con un buen equipo de seguimiento y asistencia mecánica se podía terminar el primero una prueba así, tan larga como dificultosa, tan agotadora como arriesgada.

Los abandonos y las aventuras insólitas empezaban a abundar. Los primeros por fallos mecánicos en las castigadas motos, o bien por agotamiento físico de sus pilotos. Las segundas porque, siguiendo a aquel carrusel multiforme y multicolor a gran velocidad, ocurría de todo. Peleas entre los mismos participantes, riñas improvisadas —que a veces los periodistas calificaban como entre equipos contrarios—, celosos entre sí de la posible victoria. Averías en las máquinas, que nadie se explicaba, y que eran comentadas ante el mundo como posibles sabotajes.

Cuando pasaron por Puerto Darwin, unos oportunos cámaras de televisión tuvieron la «suerte» de poder captar el apuñalamiento del piloto suizo Mark Krüger, en el instante en que era brutalmente apuñalado por un nativo de color: aquella misma noche el mundo entero se enteró que el australiano alegaba en su descargo que el corredor suizo no había querido pagarle dos kilos de frutas tropicales que adquirió en su puesto. El encargado de aquel programa aseguró, por su cuenta o fiándose de informaciones sabe Dios dónde conseguidas, que el australiano de color ya tenía un buen abogado a su disposición, del que nadie sabía quién le pagaría los altos honorarios que solía cobrar.

Y aún añadió aquel locutor televisivo:

«Lo cierto es que, una de las más prestigiosas marcas de motos, ha perdido a su piloto y se tienen que retirar de “La gran prueba“.»

¿Hasta qué punto tales intrigas eran ciertas? ¿Aquel vendedor de frutas australiano había sido realmente generosamente pagado para suscitar la brutal pelea con el suizo Mark Krüger? ¿Se le pasó la mano, o realmente

quiso eliminar de la competición el motorista suizo?

Era un problema que tendrían que investigar las autoridades australianas.

Pero, mientras tanto, la competición debía seguir. Toda una organización tan gigantesca y costosa no se debía detener porque un extranjero, suizo o no, corredor motorista o no, hubiese pretendido llevarse dos kilos de frutas tropicales sin pagar.

El mismo Dausty Howard y su fiel mecánico Samuel Lester se vieron envueltos en otra absurda pelea, con el equipo de otros independientes como ellos. Empezó por una simple discusión, pero nadie sabe cómo habría terminado aquel formidable intercambio de golpes, de no intervenir oportunamente las autoridades australianas, que les separaron.

Acey Finlay tuvo que pagar algunas libras de multa, así como el promotor del otro equipo. Y eso porque en la solución intervinieron los encargados de la organización de la carrera, en su intento de no perder a dos participantes más.

—¿Por qué diablos os metéis en líos? —les reprendió a los dos amigos Acey Finlay.

—¿Líos? —protestó Samuel Lester—. ¡Pero si nos provocaron ellos!

—Aun así, Samuel. Estamos empeñados en algo que debemos terminar. ¿No acordamos eso, muchachos?

—Samuel tiene razón, señor Finlay. Fue una clara provocación... vaya usted a saber pagada por quién.

—¿Insinúas por Peter Gargill? —apuntó el hombre canoso.

—¿Y por qué no? Los de ese equipo van en el trigésimo puesto de la clasificación general. Saben que ya no pueden ganar y habrán aceptado quitarnos a nosotros de en medio, por dinero.

—Nada de eso se puede demostrar. Dentro de poco van a dar la salida de esta etapa. ¡A tu moto, Dusty!

—Sí, señor Finlay.

Los dos mil kilómetros de arena durante la larga travesía del desierto de la Australia Occidental, constituyeron un gran sacrificio para Dusty Howard. Cierto que a su máquina la habían puesto el nombre de «Rata de Pantano», pero quizá a su peso excesivo aquel blando suelo de arena no le sentaba nada bien. En muchos tramos se hundían los neumáticos, patinaba, se detenía y el piloto se veía obligado a forzar al máximo el motor para seguir adelante.

El constante esfuerzo físico le fatigó antes de lo que esperaba y, solamente con gran voluntad, venciendo los calambres que sentía en los brazos, consiguió seguir montado en el sillín y proseguir la ruta.

Y cosa extraña: cuando estuvo a punto de rendirse, cuando pensó que ya no podía más y que terminaría sentándose en la rubia arena en espera de

que los coches de asistencia le recogieran, se encontró animándose a él mismo con estas palabras que musitaron sus labios resecos, agrietados.

«¡Animo, Dusty! Hazlo por ella... Esa chica se lo merece todo. ¡Aunque revientes luego!»

Se puso a pensar a quién había querido referirse al decir «ella» y, con gran sorpresa de sí mismo se contestó:

«¿Pues a quién va a ser, hombre? A "ella". A Heide. ¡No puede ser otra que esa endiablada chiquilla, Dusty!»

¡Caramba! Ahora resultaba que se había enamorado de la rubia hija del bueno de Acey Finlay. Aquella linda muchacha australiana tenía los suficientes encantos como para enamorar a cualquier hombre. Lo que pasaba era que él había estado como ciego, quizá obsesionado con la realización del sueño de su vida: inventar su Swan Rat, una moto potente y resistente, que a la vez pudiese superar a todas las otras en velocidad.

O posiblemente el «milagro» había sucedido al tener que convivir tan cerca de Heide, durante las horas de ganado descanso en aquella «gran prueba». Lo cierto era que, ahora que se encontraba en el mayor apuro de su vida, su pensamiento volaba hacia Heide Finlay porque, en el fondo de su corazón, en aquellas horas supremas, lo que más deseaba era poder brindar el triunfo de sus esfuerzos a la mujer amada.

Como más aliviado, feliz de poder confesarse a él mismo el gran secreto de su corazón joven y nuevamente ilusionado, Dusty Howard apretó los dientes, redobló sus esfuerzos, procuró acelerar más y bajo los ardientes rayos de un implacable sol de castigo, procurando orientarse con la brújula prosiguió la agotadora etapa.

En realidad, aquello sí que era toda una «gran prueba», tanto para el piloto como para su máquina. Dusty Howard estaba casi seguro de que muchos de los participantes serían vencidos allí. La mayoría de sus rivales quedarían fuera de combate y con ello el cálculo de sus posibilidades de alzarse con el triunfo aumentaban.

Tenía que seguir... ¡Seguir! ¡Seguir siempre! Luchar hasta el final, como cierto día les había dicho Acey Finlay.

Aunque con alguna «protesta» en el rugir del recalentado motor y el hundimiento en la fina arena de los neumáticos, su Swan Rat continuaba respondiendo. Ahora, lo más difícil era vencerse a sí mismo, a su propio agotamiento y fatiga: una frase leída no sabía cuándo ni en dónde le vino a la memoria:

«Combatirse a sí mismo es la más difícil guerra: vencerse a sí mismo es la más bella victoria».

¿Quién había dicho eso?

No importaba ahora, pero sí le resultaba útil recordarlo, tenerlo en cuenta, cumplirlo. Y de pronto, en el baúl de sus recuerdos se encontró

citándose otra frase que aún le animó más:

«¡Adelante, hombre! Nada hay imposible; caminos hay que conducen a todo. Si consiguiésemos voluntad suficiente, contaríamos siempre con los suficientes medios».

De esta sí recordaba al autor. El francés Rochefoucauld, que también había escrito como lección suprema:

«Nuestras fuerzas sobrepujan casi siempre a nuestra voluntad: el presentarnos a la imaginación propia las dificultades, es solamente una excusa que nos ponemos a nosotros mismos».

¡Bien por Rochefoucauld!

Él lo haría cierto. Continuaría pegado al sillín: seguiría enfrentándose al árido desierto; pensaría en Heide imaginándose que, al final de aquel infierno, su linda y graciosa carita se iluminaba cuando le ofrecía el triunfo; imaginaría enormes piscinas rebosando agua pura y cristalina, como la que él mismo había conocido en la finca de su ex esposa Daisy, cuando pasaron la luna de miel en California.

Este pensamiento le llevó a Peter Gargill: la jeta que pondría aquel marrullero cuando a él, Dusty Howard, le ofrecieran los laureles del triunfo en la meta final. Y también se imaginó el rostro del feliz Acey Finlay y el de su fiel amigo Samuel Lester.

Un avión pasó rugiendo sobre él y se dijo que debía pertenecer al sistema de control de los organizadores de la prueba. Pronto se perdió en la lejanía, en la confusa línea del horizonte, allá, donde se juntaban desierto y cielo.

Hasta donde él y su moto debían llegar.

Pero lo que más le animó fue distinguir un punto negro que se movía delante de él. Primero pensó que nunca conseguiría alcanzarle, porque pese a sus aceleraciones continuaba mostrándose distante, siempre delante de él. Y sin embargo, según pasaba el tiempo, con alegría comprobó que el punto negro, que ahora se había vuelto marrón, quedaba más y más cerca.

«Debe ser Collins —se dijo—. El inglés que va delante de mí en la clasificación».

No: aquello no era posible; Alan Collins, el piloto británico, había tomado la salida delante de él una hora antes de que los jueces de aquella dura etapa le permitiera tomar la salida a él. Si era cierto que se trataba del motorista británico, aquello representaba que había ganado muchos kilómetros y que ahora su Swan Rata ocupaba el sexto puesto en la clasificación general. Por delante tan solo estarían el francés Rene Mattius, el belga Van Derwer, el italiano Lucchio Rangone, el japonés Tokaydo y su compatriota Quinke que desde la décima etapa se había alzado con el primer puesto.

Cuando al fin rebasó al piloto inglés, pese al casco y el ruido de los

motores de las motos, pudo oírle perfectamente que le gritaba:

—¿En qué vas montado, hijo de perra? ¿Cómo puedes seguir acelerando a estas alturas?

Prefirió fingir que no le entendía. No era cosa de bajar y liarse a mamporros con aquel tipo. Incluso sonrió al comprobar que con cierta facilidad cada minuto le iba dejando más rezagado, como prueba evidente de que su moto continuaba funcionando a la perfección.

«Y ahora a por el francés», se prometió.

En realidad ahora sería una tarea más fácil ganar otro puesto. Recordaba que Rene Mattius tan solo le llevaba a Alan Collins una media hora de ventaja. Y a su vez, el belga Van Derwer tan solo unos doce minutos a la moto francesa. Si continuaba esforzándose, si su Swan Rat seguía respondiendo, posiblemente se plantaría en el oasis de Nannine, en la población donde estaba el próximo control, a muy pocos minutos del que ocupaba el primer puesto en la clasificación.

Por primera vez, Dusty Howard empezaba a verse como triunfador en «La gran prueba».

«Lo intentaré con todas mis fuerzas —se prometió, repitiendo—: ¡Por Heide!»

CAPÍTULO XI

Al día siguiente por la noche, cuando volvieron a encontrarse ya instalados en el oasis de Nannine, mientras cenaban, Heide se mostró extrañada del amable comportamiento de Dusty Howard. Incluso llegó a preguntarle al fatigado piloto:

—¿Qué te pasa, Dusty? Diría que el desierto te ha cambiado.

—¿A mí? ¿Por qué dices eso, mujer?

—No sé, te encuentro raro. Te pones a mirarme fijamente y nada dices.

—Es que...

—Dime, Dusty.

—Nada; no tiene importancia.

Prudentemente, el viejo Acey Finlay se levantó anunciándoles:

—Voy a echar una mano a Samuel. Le dejaste la moto hecha trizas. Ha encontrado arena hasta en la culata y el carburador.

—Le acompaño, señor Finlay.

—Quieto ahí; tú a descansar ahora.

—Está bien; me voy a dormir.

Burlonamente, la muchacha indagó:

—¿Es que te da miedo quedarte a solas conmigo, gigantón?

—¿Miedo? Qué cosas dices, mujer.

—Esta noche me has llamado dos veces «mujer».

—¿Es que no lo eres?

—Pero antes siempre me llamabas «chico», o «pequeña», o «niña».

—Estás cambiando, Heide. El tiempo no pasa en vano.

Pero insistió, también levantándose:

—De veras voy a dormir; mañana nos espera también otra buena «paliza».

—Dusty...

—Dime, Heide.

—Estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias, yo también de vosotros.

—¡Ya estamos en el tercer puesto!

—Si sigue nuestra suerte, lo mejoraré.

—Eso dijiste a los periodistas y a los de la tele. ¿Viste la cara que puso Lucchio? Y menos mal que el señor Gargill y esa fresca de su sobrina esta vez no rondan por aquí.

—Un poblado como Nannine no es para ellos, mujer. Por aquí no hay lujos ni refinamientos. Pero la radio ya les habrá enterado.

—Nunca me he explicado cómo pudiste llegar a casarte con una mujer así, Dusty.

—Ni yo, Heide. ¡Pero lo hice! Aunque no sé por qué llamas a Daisy «fresca».

—¡Lo es! Cada vez que te ve... ¡te come con los ojos!

—No me hagas reír, Heide. Pensaré que estás celosa.

—¿Y si fuera así?

El joven prefirió no contestar a la pregunta femenina, indicándole:

—Ves a dormir también, chiquita. Nos quedan pocas horas.

—Yo no estoy cansada; mientras mi padre conduce el camión, yo suelo dormir.

—Pues yo sí. Buenas noches, Heide.

* * *

La siguiente etapa no resultó ni tan larga ni tan dura como la anterior, pese a tener también que cruzar gran parte del desierto Victoria. Se debía al hecho concreto y climatológico de que, devorando los kilómetros, cada vez se acercaban más al sur, buscando la proximidad de la costa para llegar a la Bahía Austral, cerca de la cual seguiría la ruta.

Dusty Howard tenía puestas sus máximas esperanzas en las pocas etapas que les quedaban. Si era cierto que había comprobado que los lentos caminos arenosos no le iban bien a su pesada máquina, también lo era que asimismo había probado a la Swan Rat muchas veces sobre el circuito del viejo autódromo de Albury, donde el piso firme de su accidentado trazado le había permitido alcanzar la punta de velocidad máxima.

Eso quería decir que, sobre las autopistas y las carreteras bien asfaltadas que nuevamente volvían a empezar a partir de Augusta y más tarde Adelaida, hasta rendir al final meta en Canberra, podría imprimir mayor velocidad y aspirar al primer puesto.

Lo malo fue que surgió lo imprevisto: por una avería que él mismo tuvo que reparar sobre la marcha, antes de llegar a la Bahía Austral volvió a bajar al cuarto puesto en la clasificación general. El italiano Lucchio Rangone volvió a fanfarronear ante los periodistas y las cámaras de televisión, declarando feliz y sonriente:

—Ese Dusty nada podrá conmigo. Llevaré más de dos horas esperándole en Canberra cuando él llegue... ¡Si es que llega!

La clasificación no se alteró al llegar a Augusta, por lo menos en los primeros puestos, aunque sí hubo notable variación en los puestos intermedios y en los de la cola, por una serie de abandonos y averías, así como de una nueva reacción del británico Alan Collins, que parecía nuevamente podría contar entre los posibles vencedores.

De cualquier forma, lo que más le alteró a Dusty Howard y a todos los

de su equipo fue la misteriosa desaparición de Heide cuando rindieron etapa en Adelaida. La muchacha debía haber llegado al puesto del control conduciendo el *jeep,* porque en aquella ocasión Samuel Lester había tenido que trasladarse al camión que conducía Acey Finlay, al objeto de ganar tiempo en la reparación de una pieza de la Swan Rat que debía ser reemplazada en la moto.

Alarmados, llegados al punto de la desesperación ante la total carencia de noticias de Heide, tras breve pero acalorada discusión Dusty Howard decidió que debían avisar a la policía. Los organizadores de «La gran prueba» se limitaron a decir que si Heide Finlay no se presentaba en el control, ellos tendrían que darla de baja como personal auxiliar del equipo del piloto Dusty Howard.

—El resto depende de las autoridades —insistieron.

No era el primer caso. A lo largo de la competición más de un mecánico o de los equipos auxiliares se habían ido dando de baja, bajo cualquier motivo o pretexto. Y en cuanto a la desaparición de aquella mujer, ¿quién les decía que no era voluntaria?

Temiéndose lo peor, aunque tímidamente, Samuel Lester apuntó:

—¿Y si la han raptado?

Sus dos amigos le miraron fijamente, aunque ninguno de los dos se atrevió a rechazar la posibilidad. Todo lo más, el padre de la muchacha osó comentar:

—De ser así, ¿insistes en avisar a la policía, Dusty?

—No sé, señor Finlay. ¡Pero algo debemos hacer!

Estaban alojados en el hotel hasta el inicio de la etapa siguiente, cuando el teléfono de la habitación de Dusty Howard empezó a sonar insistentemente. Se habían reunido en la del señor Finlay, pero al oírle el motorista corrió a la suya para atender a la llamada.

Sus dos amigos le siguieron.

Dusty Howard pronto denotó en su rostro crispado la viva impresión que le causaba aquella llamada. Le estaba hablando una voz masculina con tono nasal que empezó a desear confirmar:

—¿Es usted Dusty Howard?

—Sí, lo soy. ¿Quién es usted?

—Eso no importa, amigo.

—¡A mí sí, demonios! ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me llama?

—Tenga calma y se lo explicaré, señor Howard.

—Déjese de cumplidos y hable de una vez, por favor.

—Eso me gusta más, amigo. Cuando las cosas se piden por favor, en vez de gritar, la gente se entiende mejor.

—Dígame lo que sea, se lo suplico. ¿Se trata de Heide?

—Así es, amigo. ¡Chico listo!

—¿Dónde la tienen? ¿Qué han hecho con ella?

—No vuelva a sulfurarse, o cuelgo.

—¡No! No, por favor; no cuelgue.

—Tiene usted que retirarse de «La gran prueba», señor Howard.

—¿Có... cómo dice? ¿Retirarme?

—Así es, míster; eso he dicho. Retirarse y en paz.

—Pero eso... eso...

—Finja usted una avería. O reviente de verdad su moto. Como lo quiera hacer, amigo.

—¿Por qué razón?

—¿Voy a tener que repetírselo, cabezota? Por la china. No volverán a verla con vida, si no hace lo que le he dicho.

Volviendo a perder los nervios, el joven motorista estalló:

—¡Maldito canalla! ¿Quién le paga por esto?

—No sea ingenuo, amigo. ¿Piensa que voy a decírselo?

—Se lo diré yo: ¡Peter Gargill!

—Ni sé quién es ese tipo, señor Howard. ¡Palabra!

—¡Miente! Una canallada así solo puede ser obra de ese condenado marrullero.

—Allá usted si tiene cuentas pendientes con ese tipo, amigo. Y no voy a repetirle el mensaje. Así que voy a colgar...

—¡No, espere, por favor! No cuelgue... ¿Cuándo volveremos a ver a Heide, si me retiro de la prueba?

—Pronto. Lo antes posible. Nos será fácil enterarnos de que mañana no toma la salida. Bastará que finja una avería, o que les diga a los organizadores que se rinde. Que está físicamente agotado y no puede más.

—Lo haré... ¡Lo haré! Pero usted... ¿ustedes soltarán a Heide?

—¿Y para qué cree que la queremos? No nos da más que guerra, amigo. Tiene un genio de mil diablos y la hemos tenido que amordazar.

—Por favor, se lo ruego —volvió a suplicar el joven—. Trátenla bien.

—De ella depende.

—¿No podría hablar con Heide?

—¿Está loco? Soy yo el que exige y no usted.

—Perdone, pero... Es que me gustaría comprobar que ella...

—¡Al diablo, amigo! Lo único que comprobará, y tardíamente si es que no se retira de esa carrera, es que no volverá a verla con vida.

—No cometerá esa salvajada.

El desconocido comunicante se puso a reír, antes de anunciar tras su divertida carcajada:

—¿Por quién me toma, hermano? Yo hago siempre las cosas bien y no me ando con juegos ni amenazas en vano. ¡Hasta nunca, si lo quiere así!

—¡No, espere!

Pero aquella vez sí que le colgó.

Dusty Howard quedó como paralizado, con el auricular en la mano. No era capaz más que se trasladar sus pupilas a las del también abrumado Acey Finlay y Samuel Lester, quien deseó saber:

—¿En qué habéis quedado, Dusty?

En pocas palabras les contó toda la conversación atropelladamente por la sorda irritación que sentía, para terminar anunciándole:

—Hay que hacer algo. ¡Tenemos que decidir lo mejor!

—¿En qué estás pensando, Dusty?

—Pienso en su hija, señor Finlay. ¡En Heide!

—¡Pobre hija mía! Y además estoy arruinado. ¡Arruinado!

—Voy a la radio, a la televisión, a buscar a los periodistas. ¡Hoy mismo tiene que saber todo el mundo que me retiro de la carrera.

Y Dusty Howard salió corriendo de aquella habitación.

CAPÍTULO XII

Era noticia de primera página y ninguno de los cronistas deportivos quiso perderse aquel reportaje. Las fotografías de Dusty Howard aparecieron en todos los periódicos, además de los reportajes por la radio y la televisión, que pronto anunciaron al mundo su retirada de «La gran prueba».

Tras haber conseguido escalar los primeros puestos después de una lucha infernal, tras el protagonismo de las últimas etapas superadas, cuando tan solo faltaban tres, la desde allí a Victoria, Melbourne y Canberra, ahora resultaba que, por agotamiento físico, Dusty Howard se retiraba.

En las últimas horas de aquel día Dusty Howard se empeñó en recibir a más periodistas y fotógrafos en la habitación del hotel donde él y los de su equipo se alojaban. Incluso lo hizo metido en la cama y a las pocas declaraciones les rogó, con gesto cansino:

—Y ahora, déjenme solo, por favor. Realmente estoy mal, muy fatigado.

Todos aceptaron sus excusas y salieron, aunque haciendo cada uno sus comentarios. La televisión local volvió a dar por la noche la noticia, así como otras cadenas de distintos países que estaban desplazadas hasta allí. Y comentarista hubo que sin Dusty Howard la competición ya no sería lo que había sido hasta entonces.

Mientras, reunidos en la habitación del motorista, el viejo Acey Finlay y Samuel Lester también esperaban.

Esperaron ansiosos la llamada que les anunciara que Heide había sido soltada y pronto podría reunirse con ellos.

Pero pasaron horas.

¡Muchas horas!

Tantas, que los altavoces de la siguiente etapa hacia Victoria anunciaron el orden de salida de los participantes que quedaban y el nombre de Dusty Howard no se pronunció.

Algunos le reconocieron al salir del hotel, volviendo a interesarse por su inesperada retirada. Volvió a hacer nuevas declaraciones, excusas y a repetir lo ya dicho:

—Me siento muy fatigado. Estoy enfermo. ¡Lo siento!

En la habitación quedaba el viejo Acey Finlay y Samuel Lester, que, ¡al fin! recibieron la tan ansiada llamada.

La voz gangosa del misterioso individuo les anunció, con notable acento satisfecho:

—Todo solucionado, amigos. Ven como hablando se entiende la gente.

Ansiosamente, el padre de la muchacha deseó confirmar:

—¿Ya han soltado a mí hija, canallas?

—¿Por quién me toma, amigo? Yo siempre cumplo mi palabra, para bien... o para mal.

—Pero... ¿cuándo llegará hasta nosotros?

—Tranquilo, viejo. La hemos soltado en una carretera, no lejos de la ciudad. Si sigue nuestras instrucciones, a cosa de un par de kilómetros encontrará su *jeep,* porque nosotros no robamos vehículos, ¿lo sabe? Es una chica lista y hará lo que le dijimos: montará en él y en un periquete la tendrán ahí.

—Gracias... gracias... —musitó absurdamente el padre.

—Le hemos dicho también el hotel donde ustedes la esperan. Como a ella la raptamos antes de que llegase allí, pues...

Acey Finlay se disponía a colgar, cuando la voz gangosa añadió:

—¡Ah! Y díganle al buen mozo que ha hecho las cosas muy bien. Que nos las remueva, ahora que tendrán a la chica, que lo deje todo así. ¿Para qué contar la verdad y formar escándalos? ¿Lo entienden?

—Sí, sí. Lo entendemos perfectamente. —¡Hasta nunca, abuelo!

Y colgó.

* * *

Devorando los kilómetros de la autopista, Dusty Howard prácticamente iba tendido sobre la poderosa moto que vibraba bajo él, al objeto de que su cuerpo no presentase la menor resistencia al viento. Pilotaba feliz y satisfecho del rendimiento que le estaba dando su Swam Rat, lanzada a más de 323 k/ h, en una marcha sostenida que iba incluso en aumento.

Por una razón desconocida para muchos, extrañamente a tales horas las circulación de la autopista que conducía a Victoria había sido interrumpida en aquel ramal por las autoridades. Era la única forma de poder evitar cualquier posible accidente al motorista profesional, que seguía devorando la distancia como un meteoro.

Cuando al fin llegó a la meta señalada en Victoria, los cronometradores del control tomaron su tiempo, para incluirlo en el que había ido registrando en el resto de la carrera en anteriores etapas.

Y, desde aquel momento, otra noticia asombró al mundo, sobre todo al deportivo: Dusty Howard continuaba en «La gran prueba». El hecho de que no hubiese tomado la salida en la etapa desde Adelaida a Victoria se había debido a una razón «muy especial». Unos desaprensivos habían raptado a su prometida Heide Finlay, bajo la amenaza de matarla si él no anunciaba su retirada de la prueba por agotamiento físico.

Era cierto que, bajo aquella amenaza, Dusty Howard no había tomado

la salida con los otros corredores en aquella etapa. Pero había hecho algo más; denunciar el rapto a la policía y explicar su caso a los organizadores, quienes se habían hecho cargo de su situación.

Y existió un acuerdo: al día siguiente, cuando Heide Finlay fuese liberada por sus raptores y estuviese entre los suyos sin ningún peligro, a Dusty Howard se le permitiría que cubriese aquella etapa en solitario, naturalmente que bajo control y cronometrando su tiempo. Y posteriormente volvería a unirse a los participantes que aún luchaban por la victoria final.

No podía haber justas protestas de los otros, por haberse tratado de un caso muy especial; casi de fuerza mayor. Por otra parte, los organizadores argumentaron que más injusto habría sido mostrarse inflexibles con el reglamento que, al fin y al cabo y bien miradas las cosas, en nada se había alterado.

Se trataba de uno de los más brillantes participantes de aquella magna prueba, que como el mundo del motor bien conocía, tiempo atrás también había sabido ganarse la popularidad y el aplauso.

Por supuesto que los comentarios fueron muchos y no pocas las controversias. Existieron opiniones de todos los gustos y colores, siendo el promotor Peter Gargill uno de los que más argumentó para que Dusty Howard fuese descalificado.

No se le hizo caso.

Faltaba la etapa hasta Melbourne y la desde allí a Camberra. La capital australiana ya se disponía a recibir al vencedor y la reacción de Peter Gargill fue ofrecerle a su piloto Lucchio Rangone una prima doble de la prometida si pisaba primero la meta.

El famoso motorista italiano lo intentó todo, su loca ambición le llevó a forzar su máquina al máximo y el resultado fue que rompió el motor, sufriendo una aparatosa caída con la ruptura de varias costillas.

Esto ocurrió cuando ya corrían en el circuito de Melbourne, a pocos metros de la meta de aquella penúltima etapa.

Como posibles vencedores ya tan solo quedaban el belga Van Derwer y Dusty Howard. La última etapa prometía resultar épica, cuando entonces también ocurrió lo imprevisto.

Cierto que la veloz y potente Swam Rat pisó primero la meta final de «La gran prueba», en medio del delirio de aplausos del gentío que abarrotaba el circuito; pero cuando el piloto descendió de la moto y se quitó el casco, resultó que no era el que todos esperaban.

Dusty Howard llegaría más tarde en el camión auxiliar de su equipo volviendo a hacer declaraciones que nuevamente se airearon por el mundo:

—Cedí mi puesto a Samuel Lester, que desde hoy dejará de ser mecánico para convertirse en motorista profesional.

Uno de los jueces le informó:

—Muy bien, pero, ¿sabe que según el reglamento esto le descalifica?

—A mí, sí, pero no a mí Swam Rat, que es quien realmente ha ganado «La gran prueba». Lo ha soportado todo, ganó por velocidad y espero que sea la que les interese a la policía y al ejército.

—Es posible. Todo eso ya se discutirá. ¡Pero a usted no se le puede proclamar campeón! El reglamento dice taxativamente que máquina y piloto tienen que ser los primeros que tomaron la salida. ¡Y sin un solo relevo en toda la prueba!

—La verdad, amigo: son cosas que ya no me interesan. Voy a casarme y ahora sí que me retiro de verdad y para siempre.

—¿Renuncia a su porvenir?

—¿Y qué mejor y más feliz porvenir que junto a mí adorada esposa?

—¿Podríamos decir que esta larga prueba le ha... desfondado?

—Interprételo así, si quiere. Ya he corrido demasiados riesgos y desde ahora tendré muchas cosas que hacer.

—¿Por ejemplo?

—Ayudar a mí suegro en los negocios. Si todo va bien, pensamos levantar una fábrica de motos en Albury. El señor Acey Finlay tiene unos magníficos terrenos allí.

—Bien, de cualquier manera, hoy también vuelve a ser noticia usted.

—Pues aprovechen. Hagan todas las preguntas que quieran, amigos.

Uno de los periodistas se adelantó al apuntar:

—Díganos, Howard, ¿es cierto que usted ha comentado que cierto promotor hizo que raptaran a su prometida?

—Jamás dije en público nada de eso, amigo.

—Pero usted lo sospecha.

—Allá el que usted se refiere con su conciencia.

—¿No piensa investigarlo?

—¿Para qué? Vuelvo a repetirles que a lo único que aspiramos mi prometida y yo es a vivir tranquilos. Y en todo caso, poder ofrecer al mundo motos más sólidas, resistentes y veloces.

—¿De veras cree que llegará a adoptarse ese combustible de alcohol puro y mezcla de nitrometano?

—¿Y por qué no? Todos han visto que mi Swam Rat ha dado óptimos resultados.

—¿Podría eso resolver la crisis del petróleo?

—Eso lo dirá el futuro, amigo. Por nuestra parte haremos todo lo posible.

Cuando consiguió librarse de tanto acoso y preguntas, con satisfacción vio que la emprendían con el feliz Samuel Lester. Ahora le tocaría a su amigo tener que soportar aquella lata de la fama y la celebridad.

Al fin localizó a Acey Finlay y su pregunta fue:
—¿Dónde está Heide?
—¡Ah, sí! Mi hija ha ido a comprarse el traje de novia.
—¡Caray! ¿Tanta prisa tiene?
—Al fin me ha confesado que llevaba tiempo esperando este día.
—Está bien; si la ve, le dice que no me voy a volver atrás.
Y entre el gentío, Dusty Howard siguió buscando a la mujer amada.

F I N





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.